

JOSÉ RUANO FERRER, 11 AÑOS EN EL GULAG¹

HÉCTOR ALONSO

Doctor en Geografía e Historia por la Universidad de Valencia

hector.mortadelo@gmail.com

RESUMEN: Uno de los episodios más dolorosos sufrido por los voluntarios españoles de la División Azul fue el de los que cayeron prisioneros de los soviéticos. En la mayoría de los casos éstos pasaron los principales años de su juventud trabajando en condiciones extremas en campos de trabajo soviéticos, donde sufrieron en sus propias carnes junto a la población rusa una de las peores dictaduras del siglo XX. La mayoría murió allí. La historiografía ha destacado la ilegalidad por parte de la URSS de aquella retención que quiso castigar a España por la derrota sufrida en la guerra civil. Este trabajo relata el caso de un divisionario que tuvo la mala suerte de caer prisionero en la batalla de Krasny Bor. Veremos como José Ruano Ferrer había luchado en la guerra civil española en el bando “rojo”, pero por diversas circunstancias se enroló en la División Azul. Afortunadamente nos dejó su testimonio por escrito contándonos sus experiencias personales y algunos datos novedosos a la historiografía.

PALABRAS CLAVE: José Ruano Ferrer – División Azul – URSS – GULAG – Semíramis – Estalinismo – comunismo

ABSTRACT: One of the most painful episodes suffered by the anticommunist Spaniards volunteers -fighting against the Soviet Union- was the prisoners. In most cases these spent the main years of his youth working in extreme conditions in the system of Soviet labor camps where they suffered in their own flesh with the Russian people, perhaps worst dictatorship in the twentieth century. Most died there. The historiography has highlighted that illegal detention by the USSR that hit Spain for having defeated the Communists in the civil war of 1936-39. This study relates the case of one of the soldiers who had the misfortune of being taked prisoner at the Battle of Krasny Bor. Although we knew of any other case, we will see José Ruano Ferrer had fought in the Spanish Civil War on the “red” side but for various reasons had been enrolled in the Blue Division. Jose Ruano testimony left us their experiences and provided some novel data to historiography.

KEYWORDS: José Ruano Ferrer – Blue Division – USSR – GULAG – Semiramis – Stalinism – communism

Héctor Alonso es Doctor en Geografía e Historia por la Universidad de Valencia y profesor interino de enseñanza secundaria. Es autor del libro El Coronel Puigdemgolas y la Batalla de Badajoz (agosto de 1936) publicado por la Universidad de Valencia en 2014. Ha sido becario en una investigación sobre las fosas comunes del franquismo en Valencia y participado en congresos sobre la guerra civil y el franquismo.

1 Se han mantenido los subrayados y las erratas de los textos originales.

INTRODUCCIÓN

Conocí de la existencia de José Ruano Ferrer a través del artista Paco Catalán, amigo mío y que era vecino suyo. Todos conocían en Almansa (Albacete) a José Ruano con el apodo de “el ruso”. Cuando nos presentó mi primera impresión fue que José era un hombre simpático y abierto, agradecido de que alguien mostrase interés por contar la que sin duda había sido la experiencia que marcó toda su vida. Esto era evidente porque disfrutaba contándome sus vivencias por las frías tierras de un país que ya no existía, la Unión Soviética. De su personalidad destacaba sobre todo su vitalidad, para él un día cualquiera era vivido intensamente. Era el año 2004 y él tenía entonces 84 años, pero no los aparentaba ni por su aspecto ni sobre todo por su actividad física. José Ruano me concedió varias entrevistas en las que pude charlar con él todo lo intensamente que se puede con una persona que había vivido una de las epopeyas más increíbles que pudo vivir un español del siglo XX. Me puso todas las facilidades que estuvo en su mano para que pudiera recopilar la información que necesitaba para hacer este trabajo que ahora, por avatares del destino, se puede leer. Tengo que añadir que José Ruano ya tenía unas memorias, escritas hacía años por un funcionario del Ayuntamiento de Almansa apellidado Huertas, que las redactó poco después de que José Ruano regresara a España para recopilar todos los datos de su odisea y que no se olvidasen². Sin embargo, el texto que redactó Huertas adolece de la neutralidad con que José Ruano me contó, eso sí, esencialmente los mismos detalles. Tampoco fue la de Huertas una labor exhaustiva³ y sobre todo se echa en falta una concreción de fechas, si bien esto fue por culpa de José que no tomó ninguna nota durante su odisea y fue incapaz de aportar fechas más concretas. Pese a que hubo algún interés por parte del Ayuntamiento de Almansa por publicar dichas memorias, lo cierto es que nunca llegó a hacerse por lo que este trabajo viene a suplir el vacío dejado tras la muerte de José, ocurrida fortuitamente en el hospital de Albacete el 27 de septiembre de 2004, precisamente cuando había acudido para hacerse una rutinaria revisión médica.

José Ruano Ferrer había nacido en Almansa el 20 de abril de 1920 en el seno de una familia humilde. Su padre era José Ruano Ibáñez, zapatero de profesión y afiliado al PSOE. Su madre, Ana Ferrer Vera, se dedicaba al cuidado de la casa que, por motivos laborales se había instalado en Elda (Alicante). Al estallar la guerra civil, el zapatero José y su hijo, de sólo 16 años, se alistaron en las milicias. El hijo, protagonista de esta historia, se enroló en la Columna Maroto, que salió de Alicante en agosto de 1936 con rumbo a Granada y que era mandada por Francisco Maroto, militante del sindicato de la madera de la CNT. A los dos

² Huertas, además de funcionario, hacía de cronista-periodista en Almansa, redactando los principales sucesos que acontecían en la ciudad y enviándolas a los medios de prensa.

³ Son 36 folios mecanografiados si bien falta la última hoja, perdida en algún momento por José.

meses regresó a Elda y de allí pasó a Madrid enrolado en el llamado Batallón Pestaña, con el que recordaba José que estuvo por el barrio de Moncloa, donde sirvió en una Sección de ametralladoras. En dicha unidad, ascendió a Comisario de Compañía dedicándose a repartir el tabaco, los chuscos de pan y la carne entre los milicianos. Algunos recuerdos muy vagos de aquella época entre sus 16 y 18 años y una fotografía en la que luce una gorra adornada con una estrella roja de cinco puntas y el emblema de una ametralladora Hotchkiss eran lo único que quedaba de aquello. La guerra civil acabó para José cuando, pocos meses antes de la victoria nacional, unos moros le cogieron prisionero en el barrio madrileño de Usera. De allí lo trasladaron al campo de prisioneros de Los Arenales (Cáceres) y luego a Gallur (Zaragoza), donde estuvo en un Batallón de Prisioneros de Guerra haciendo terraplenes para tender vías del ferrocarril.

JOSÉ RUANO FERRER, DE MILICIANO “ROJO” Y PRISIONERO DE GUERRA A VOLUNTARIO CONTRA EL COMUNISMO

Tras dos años de trabajos forzados, José Ruano fue liberado en 1940, regresando a Elda el 6 de junio, donde se presentó en el Ayuntamiento. Lo normal hubiera sido que lo hiciese en el Ayuntamiento de Almansa, pero José supo que la Guardia Civil le estaba buscando allí para detenerle nuevamente, por lo que prefirió irse a Elda y dar allí aviso de su presencia, como tenía obligación de hacer. Sus padres, que habían sido juzgados por su militancia y actividades durante la guerra civil, estaban entonces encarcelados. Pese a que ambos habían sido condenados a muerte -el padre en Monóvar (Alicante) y la madre en Gerona- las sentencias no se cumplieron y permanecían en la cárcel.

Poco después de llegar a Elda -ya que pertenecía al reemplazo de 1941- a José le llamaron a cumplir el servicio militar siendo destinado a Logroño⁴. Tras presentarse en el Regimiento de Infantería nº 86 el 15 de enero de 1942, prestó servicio en dicha Unidad hasta el 20 de febrero en que el Regimiento marchó a Ceuta, sirviendo José de nuevo como sargento de ametralladoras y estando destinado en Tetuán, Larache y otras ciudades. El 16 de agosto de 1942 se había abierto de nuevo los banderines de enganche de la División Azul. A José Ruano le sorprendió este hecho en Larache y como era preceptivo se pidió voluntarios para ir a luchar a Rusia. Su compañía formó en el patio del cuartel y un oficial pidió que quien quisiera ir diera un paso adelante. Fueron varios los que lo hicieron. También se había enrolado en la División Azul Antonio, el hermano mayor de José, que había salido voluntario en la 1ª expedición. José siguió así sus pasos. ¿Por qué se enrolaron los hermanos Ruano?

Conociendo los antecedentes políticos de la familia Ruano, podríamos pensar que lo hicieron para “depurarse” de su participación en la guerra civil, pero la ver-

⁴ Se puede consultar el expediente de José Ruano Ferrer conservado en el Archivo General Militar de Ávila.

dadera causa, me decía José, fue intentar favorecer a sus padres presos para que se les redujese la pena⁵. Esta motivación fue enmascarada por Huertas en el relato que escribió de José Ruano dando una versión mucho más “políticamente correcta” para aquellos tiempos y que más parecía una arenga política:

“Terminada con una victoria completa y resonante nuestra Gloriosa Cruzada de Liberación sobre las fuerzas comunistas y masónicas, mas o menos camufladas en brigadas internacionales bajo las máscaras republicanas, socialistas y sindicalistas -fantasmón del tristemente célebre Frente popular- que tras robarnos el oro nacional y saquear su patrimonio, querían sojuzgar a España para convertirla en satélite de Moscou –como después han hecho con otros desgraciados pueblos, hoy sus esclavos- me encontraba yo en el año 1941, en África como soldado del Regimiento de Infantería de Bailén⁶ de guarnición en Larache. Pero antes de proseguir, bueno será que el lector trabee conocimiento con este soldado español, a quien la portentosa hazaña realizada por el bizarro General Don Francisco Franco Bahamonde, le había inflamado la sangre en anhelos de servicio a la Revolución Nacional Sindicalista, para ayudar a lograr una España mejor, UNA, GRANDE Y LIBRE. (..) Tanto mi hermano Antonio como yo, sentíamos una gran admiración por Franco, Caudillo de España, en quien veíamos al hombre providencial que Dios había dispuesto para salvar a nuestra Patria de la invasión roja, preparada por la masonería internacional y secundada por una chusma de indeseables y malos españoles dispuestos a venderla, como el personaje bíblico su primogenitura, por los productos de latrocinio-miserable plato de lentejas- y por las sinecuras de unas carteras ministeriales. ¡Desgraciados hijos de espurios de la noble España, vendidos a Moscou! Que el Supremo Hacedor les tenga en cuenta su pérfida alevosía, traición que los verdaderos españoles no olvidaremos nunca...”⁷.

⁵ Siendo indudable la filiación izquierdista de la familia es factible pensar que esta fuera la razón fundamental y que ellos lo creyeran posible. Sin embargo, no existía ninguna posibilidad legal de que este tipo de “ayuda” pudiera ser tenida en cuenta.

⁶ En realidad el regimiento era el 86 y posteriormente se le renombró Bailén nº 60.

⁷ Debo agradecer a Daniel Infantes que me facilitara la información que poseía en su importante archivo sobre los caídos de la División Azul referente a Antonio, así como a la Asociación de Desaparecidos en Rusia a través de la cual encontré el paradero final del cuerpo de Antonio que hoy se encuentra en el cementerio de Pankovka, en las afueras de Novgorod y que merced a esta información sus familiares van a intentar traer a España para que descanse eternamente junto a sus padres.

Pese a lo redactado por Huertas, lo que sí recogió en su relato fue que la decisión de José de marchar a Rusia estuvo condicionada en parte por la marcha de su hermano mayor:

“Mientras, mi hermano Antonio, encuadrado en Falange, al tratar España de enviar la División Azul a Rusia para luchar al lado de Alemania contra el comunismo soviético, se alistó en las Milicias de la Primera División. Antonio, que era un patriota, me escribió dándome cuenta de su decisión; yo le contesté alabándola y diciéndole que por mi parte había pedido también incorporarme a la División Azul”.

No tuvo suerte Antonio. Poco después de llegar a Rusia, caía muerto. José y sus padres recibieron la noticia con el lógico dolor pero José, pese a todo, siguió adelante con su intención de marchar a Rusia:

“Aquellas fraternas cartas fueron la última comunicación que mantuve con mi querido y llorado hermano! Glorioso él- cayó al poco y para siempre en las inhóspitas y heladas estepas rusas, defendiendo la civilización y la libertad humana. ¡Presente, sobre los luceros!”⁸.

Muy poco sabe la familia de Antonio. Sólo sabemos que fue filiado en el Regimiento 269 de la División y que murió el 1 de septiembre de 1942, probablemente en algún golpe de mano o alcanzado por la artillería enemiga ya que se ignora dónde fue enterrado. También cabe la posibilidad de que en realidad no formara parte de la División originaria y sí del primer batallón de reemplazo⁹. Con todo, lo cierto es que ambos hermanos se alistaron voluntariamente y, de acuerdo con el testimonio de José, pertenecieron al grupo de voluntarios de origen izquierdista que pasó por las filas de la unidad por muy diverso motivo. Tampoco fueron de los que se alistaron con la intención de desertar y pasarse al enemigo. En cualquier caso, pese a su origen familiar y político, tras su experiencia, difícilmente pudo guardar

8 No nos ha sido posible verificar la historia de Antonio y la veracidad de lo reelaborado por Huertas. Sorprende la posible filiación falangista de su hermano, aunque José insistía en que ambos se fueron para ayudar a sus padres.

9 Debo agradecer a Daniel Infantes que me facilitara la información que poseía en su importante archivo sobre los caídos de la División Azul referente a Antonio, así como a la Asociación de Desaparecidos en Rusia a través de la cual encontré el paradero final del cuerpo de Antonio que hoy se encuentra en el cementerio de Pankovka, en las afueras de Novgorod y que merced a esta información sus familiares van a intentar traer a España para que descanse eternamente junto a sus padres.

simpatía alguna por el comunismo y de hecho acabó siendo miembro de la organización Guardia de Franco¹⁰.

EN MARCHA A RUSIA

Tras facilitarles los preceptivos documentos, los voluntarios del Regimiento nº 60 regresaron a Logroño. José fue dado de alta en la División Azul en la revista de Comisario del mes de octubre. “Y, ya voluntario de la División Azul, volví de África a Logroño para formar en la expedición del Batallón número 17 en Marcha. De Logroño, nos llevaron por ferrocarril a Hendaya, y desde ésta frontera a Alemania”. José quedó encuadrado en la 3ª Compañía, 1^{er} Batallón del Regimiento 262. Al relatarme aquellos episodios tuve la impresión de que mezclaba sus recuerdos con otros relatos y con las noticias que recibiera de su hermano como cuando me explicaba que en las paradas del tren las muchachas les arrancaban los botones, emblemas y cualquier cosa que se pudiese de sus uniformes para tener un recuerdo del paso de los españoles. Tras el viaje en tren hicieron una marcha a pie hasta el pueblo de Hof -al norte de Baviera-, donde les hicieron un recibimiento oficial. José describió así este viaje:

“Y, así cantando y caminando llegamos a un pueblecito alemán llamado Joff, con rica cerveza negra y atractivas mujeres rubias, que nos reían con simpatía, y en el que los soldados alemanes -buenos camaradas- procuraban nuestra amistad. En él, estuvimos varios meses, empleándonos en entrenamientos; después juramos bandera”.

El relato de Huertas no contaba que entre los recuerdos que José Ruano tenía de su breve estancia en aquellos lugares estaban los líos de faldas con las mujeres alemanas con las que, según el testimonio de José, tenían mucho éxito los españoles. Pero no todo fueron buenos recuerdos pues también recordaba algunas peleas con los alemanes en los bares, sin duda por los malos modales de los hispanos. Justo al lado de donde estaban los españoles concentrados había un campo de presas letonas con las que también mantuvieron relaciones algunos españoles pese al disgusto de los alemanes.

10 Uno de sus compañeros de cautiverio, Julio Giménez Gómez, oficial republicano de militancia comunista, se alistó en la División para pasarse al campo enemigo. Lo consiguió pero fue internado como los demás. Su hijo, en el prólogo a sus memorias, anotaba que “al volver de Rusia siempre dijo que después de haber conocido al comunismo en estado puro, el haber conocido lo que sufre un pueblo gobernado por el comunismo y sus dirigentes, si por algo tuviera que volver a luchar y poner en juego su vida sería por luchar contra el Comunismo, y contra el daño que hace a los pueblos”. Julio JIMÉNEZ GÓMEZ, *Seminamis, regresamos...*, Cabra del Camp: Nautical Union Works, 2010, p. 6.

Tras tomarles medidas en un almacén y repartirles unos uniformes nuevos pasaron a ser por su aspecto soldados del Ejército alemán, aunque en realidad formaban parte de una unidad del Ejército español constituida a tal efecto. De hecho, cuando oficialmente pasaron a formar parte de la División 250 alemana juraron obedecer las órdenes del comandante en jefe del ejército alemán, Adolfo Hitler, pero sólo en lo referente a la lucha contra el comunismo y mientras durase la contienda¹¹. Él, como muchos de los divisionarios, conocía el uso de las armas y no recibió una instrucción importante, según su impresión.

En su relato Huertas debió mezclar, casi con seguridad, lo que entonces se sabía de la aventura de la División Azul con los recuerdos de José, quién a su vez debió acabar interiorizando -como suele suceder con los recuerdos- vivencias que no eran suyas. De hecho, José no marchó a pie hasta el frente, como sí hicieron los voluntarios de la División originaria pero Huertas no lo dudó y “construyó” su propio relato: “Todos marchamos alegres; se improvisaban canciones patrióticas, que salían de nuestras gargantas animando los espíritus, impetuosos como erupciones de lava del volcán de nuestros pechos, repletos de fuego bélico”. Desconociendo los himnos combinó las canciones de José con una letra del Himno de la División Azul -compuesto después de la salida de la unidad- con numerosas erratas. Y en el relato de Huertas el bueno de José acabó andando mil kilómetros y cantando: “Voluntario alegre que a Rusia te vas, marchar si has marchado, ¿Cuándo volverás?”¹².

Lo primero que llamó la atención a José Ruano, al igual que al resto de los españoles, fue la penuria de los campesinos rusos, lo que contrastaba con el “paraíso soviético” que la propaganda comunista había lanzado al mundo y que conocían muchos de los tiempos de la guerra civil.

“Permanecimos acampados algunos días. ‘Mujiks’ (cultivadores de la tierra) y sus mujeres, mal vestidas con grue-

11 La historiografía ha destacado el hecho de que el juramento habitual de los soldados de nacionalidad alemana fuese modificado para que los españoles jurasen obedecer a Hitler, como Jefe Supremo del Ejército alemán exclusivamente en el tiempo que durase la contienda siendo sólo válido para lo referente a la campaña contra el comunismo. Cfr. Carlos CABALLERO JURADO, *Atlas Ilustrado de la División Azul*, Madrid: Susaeta, 2010, p. 82; Francisco TORRES GARCÍA, *La División Azul 50 años después*, Madrid: Fuerza Nueva, 1991, p. 96.

12 Huertas, en su relato, con un conocimiento muy somero de la historia de la División Azul y desconocer de forma absoluta la geografía de la zona donde estuvieron los españoles, colocó a José realizando “marcha y más marchas de varios centenares de kilómetros hasta llegar a las márgenes de un río, por el que discurrían las aguas que del deshielo bajaban por las vertientes de unas altiplanicies próximas cubiertas de nieve. Por el momento, habíamos llegado a nuestro destino”. Así, José había llegado al río Voljov y “una mañana gris, se nos dio la orden de vadear el río y tras todo un día de caminar, con los pies hinchados y plagados de ampollas, llegamos a las trincheras de una avanzadilla, desde la que se divisaba Colpino. Estábamos en el Frente de Leningrado; era el día 8 de febrero de 1943, con una temperatura de 35° bajo cero”. Lo único cierto es que en esa fecha José estaba allí, ante Kolpino.

sas faldas y sucios chaquetones, nos pedían cigarrillos y botes de carne, a cambio de ‘vodka’, bebida más fuerte que nuestro aguardiente ‘mata ratas’, pero que tomábamos con avidez porque nos hacía entrar en calor, ayudándonos a conllevar y resistir las bajas temperaturas a que no estábamos acostumbrados”.

Finalmente fueron enviados a la línea de fuego que debían cubrir. Los españoles ocupaban una sección del frente en el cerco a la importante ciudad de Leningrado, antes capital imperial llamada San Petersburgo, cerca de la que estaba la población de Kolpino.

José recordaba las buenas relaciones y la cordialidad de los españoles tanto con los rusos como con los alemanes, lo que contrastaba con el odio y desprecio que se tenían rusos y alemanes mutuamente. También que los españoles intercambiaban con los alemanes aceite de oliva -que era enviado desde España- por otro tipo de cosas. Para los alemanes resultaba escandaloso que los españoles lo consumiesen, ya que ellos pensaban que era aceite de motor puesto que el uso al que iba destinado era ese.

José cruzó la frontera rusa en octubre de 1942. La División Azul había sido trasladada desde las orillas del Voljov hasta un sector que se abría, frente a la asediada ciudad de Leningrado, desde Alexandrovka hasta el río Ishora. Los españoles iban a participar en el asalto final a la ciudad cuna de la revolución soviética. Eran considerados por los alemanes como una fuerza segura y valiente por lo que había pasado a ser una unidad de “granaderos”. No era un frente tranquilo. La poderosa artillería soviética batía las posiciones españolas. José, como todos sus compañeros, conoció la gesta heroica del II Batallón del 269º Regimiento español que se desangró en la batalla de los altos de Sinvavino. Lo que José no podía suponer es que el mando soviético había escogido el sector divisionario -que había sido ampliado hasta el terraplén de la línea de ferrocarril Leningrado-Moscú- como uno de los puntos de ruptura para su próxima ofensiva. José y sus compañeros tuvieron la mala suerte de estar destinados al otro lado de la vía, justo en el flanco de la embestida enemiga hacia Krasny Bor.

Desde el 1º de febrero se tenía la evidencia de que iba a realizarse una gran ofensiva soviética al observarse un tráfico de camiones con Leningrado superior al habitual. Para prevenir los efectos del previsible ataque, los españoles tendieron nuevas líneas telefónicas y se aumentó la potencia de fuego artillera. Asimismo, los prisioneros rusos indicaron una gran afluencia de hombres al sector de Kolpino, aunque en ningún momento el mando español fue consciente del calibre de la ofensiva que se les venía encima. El 10 de febrero, a las siete menos cuarto de la mañana se inició un ataque con el fuego de un millar de baterías rusas de todo calibre. José Ruano explicó así como vivió aquello:

“El día 10, o sea dos días después de llegar a la posición, me encontraba yo haciendo servicio de escucha, tumbado cuan largo era junto a la vía férrea que cruzaba entre nuestra posición y Colpinos. Tan cerca me hallaba de éste, que se divisaba perfectamente sus ‘isbas’ (casas de madera). La noche sobrevino rápida, y a sus sombras aun me fui aproximando más al pueblecito, pasando la vía férrea. De pronto, comencé a oír ruidos sospechosos; en Colpinos, y frente por frente a nuestras líneas, los rusos estaban situando camiones, cosa ésta, que inmediatamente comuniqué a nuestro mando. Aquellos camiones llevaban camuflados unos cañones provistos de una especie de tambores llenos de obuses pequeños, que hacían fuego a modo de enormes ametralladoras. Todos estábamos ya, con las orejas levantadas, pensando en la que se nos venía encima. Y, efectivamente... A las cuatro de la madrugada, comenzó la música de organillo -así llamábamos los españoles a los incesantes disparos de aquellas endiabladas máquinas- (los rusos la denominaban La Katiuska), música que nos volvía verdaderamente locos. Yo no he visto ni he oído en mi vida fuego graneado más horroroso, ni explosiones más atroces; aquello era un verdadero diluvio de metralla que hizo saltar en poco tiempo los raíles, las traviesas y hasta el mismo terraplén de la vía férrea, dejando bajo sus escombros a muchos desgraciados compañeros. Yo tuve suerte; la Virgen de Belén, a quien no dejada de implorar, me protegió¹³. La música de organillo, duró hasta las ocho de la mañana, y cuando terminé, vimos aparecer, en avance hacia nosotros, unas seis divisiones rusas con tanques”.

Esta concentración de fuego fue una técnica desarrollada por los rusos para machacar las posiciones alemanas. Lo único que podían hacer estos para contrarrestar este tipo de ataque era retirar las primeras líneas para ponerse a salvo en la medida de lo posible y volver a ocuparlas cuando parase el cañoneo, antes del avance de la infantería. Sin embargo, el aviso de aquel ataque llegó tarde -la noche del 9- y no se pudo retirar a las vanguardias españoles a tiempo. A las ocho se inició el ataque de la infantería apoyada por la aviación. Nueve regimientos, una brigada reforzada por una bandera, dos brigadas de esquiadores y varios carros de combate atacaron las posiciones españolas, que sufrieron unas bajas

13 La Virgen de Belén es la Patrona de Almansa.

de entre el 50 y el 80 %. Los supervivientes se resistieron desesperadamente. El relato de Huertas nos dice que

“Nuestros Jefes dieron orden de dejarles llegar hasta la mitad del terreno que separaba las líneas y entonces atacamos como leones, saltando de las trincheras, a la bayoneta calada. !Que grande seria nuestro empuje que les hicimos retroceder a Colpinos, quedando varios tanques rusos destruidos con bombas de manos! Más poco duró nuestra alegría, porque los rusos viendo que no podían romper nuestro frente por la vía, pues en terreno llano y descubierto les causábamos muchas bajas, comenzaron otra vez a tocar el organillo. Tanta fue la música que acabó por desaparecer completamente el terraplén, y con él, muchos de los españoles, que quedábamos del primer ataque. Se produjo un nuevo avance ruso. En este combate, llegaron cerca de nuestras trincheras, pero logramos hacerles retroceder por segunda vez. Nueva música de organillo, hasta que los rusos creyeron que no quedábamos uno, y un tercer ataque, que aun pudimos parar. Estos ataques aun costaron a los rusos, que avanzaban como verdaderas manadas, muchos centenares de muertos; ahora que la mortandad en nuestras filas, también fue grande. !Dios haya acogido en su seno misericordioso a tanto bravo compatriota de la División Azul, que heroicamente cayeron frente a Colpinos!”.

No era exagerado el relato de Huertas, pues se llegó al cuerpo a cuerpo con las bayonetas y las culatas de fusil. Los rusos, sin embargo, sufrieron tanto en el ataque que tuvieron que ser reforzados por una compañía de castigo y otra de hombres armados con pistolas ametralladoras. Tras los tres ataques consecutivos hubo uno nuevo en el que participaron una importante cantidad de tropas rusas y buriato-mongolas apoyados por carros. En estas tropas había un número importante de mujeres:

“Desventurado día el 10 de febrero de 1943; no podré borrarlo de mi memoria mientras viva. En los tres colosales ataques rusos a nuestras líneas, que los divisionarios a fuerza de bravura logramos detener en la misma vía férrea frente a Colpinos, nuestras fuerzas -Batallón y medio- resultaron, como ya he dicho, muy diezgadas por muertos y heridos graves; los leves, seguimos luchando

como fieras. Vistas por los rusos que a pecho descubierto no podían atravesar la vía, flanquearon sus fuerzas por la izquierda, eligiendo para ello un sitio a propósito llamado ‘El Trincherón’¹⁴. Por allí consiguieron, por fin, meterse con numerosos tanques e infantería, produciéndose una lucha épica; batalla que terminó a las tres de la tarde, con la rotura de nuestro frente. En virtud de esta maniobra, los pocos españoles supervivientes de los anteriores ataques, quedamos cercados”.

Los últimos grupos resistentes en aquella zona fueron los mandados por los capitanes Palacios y Oroquieta y los sargentos Arroyo y Torres¹⁵. Por lo que se refiere a José:

“Yo, en última embestida enemiga fui herido por metralla, quedando abandonado en la trinchera; mi única compañía eran cuerpos exánimes de camaradas caídos, y una ametralladora sin municiones. Viéndome solo y herido, sin posible resistencia, traté de darme a la fuga, pero antes hice pedazos la ametralladora, para que los rusos no pudieran aprovecharse de ella. Arrastrándome, como pude, conseguí salir de la trinchera de la muerte. Iba sangrando por las heridas de la metralla, sin armamento, sin bombas... Al fin logré salir sin ser visto y llegar a un estrecho camino; vi pasar a un pequeño grupo, que creí sería de españoles, pero que desgraciadamente resultó una patrulla moscovita. Al divisarme de lejos, se liaron a soltarme tiros; volví a arrojarme al suelo, y los rusos, sin duda creyéndome muerto, por haberme alcanzado sus disparos, dejaron de hacer fuego, y prosiguieron su camino. Arrastrándome otra vez, pude llegar a una carretera que va a Canirvor. Creyéndome ya a salvo, corrí cuanto pude... pero de pronto, en una de las vueltas de la misma, se me echaron unos veinticinco rusos armados hasta los dientes. Todo un intento de eva-

14 En este “trincherón” se encontraba destinado en una pieza antitanques el voluntario valenciano Joaquín Poquet Guardiola, que también cayó prisionero. Joaquín POQUET GUARDIOLA, *Memorias. 4045 días cautivo en Rusia (1943-1954)*, p. 12.

15 En este sentido y para todo lo referente al cautiverio son fundamentales las obras de Gerardo OROQUIETA y César GARCÍA, *De Leningrado a Odesa*, Marte: Barcelona, 1973; Torcuato LUCA DE TENA, *Embajador en el infierno: memorias del capitán Palacios. Once años de cautiverio en Rusia*, Madrid: Suc. de Rivandeneira, 1955.

sión era imposible; no podía ni defenderme ni escapar: caí prisionero. Aun viéndome herido y desarmado, los rusos no las tenían todas consigo y me maltrataron a culatazos, llevándome entre ellos por la mitad de las líneas que hasta hacia poco habían sido de fuego, a Colpinos. Mi cautiverio empezaba, y la triste perspectiva de ser fusilado, solo la mitigaba un consuelo: ver que no podía casi pisar el suelo por estar cubierto de un sinnúmero de cadáveres rusos. Imposible contarlos. En esta batalla de Colpinos, perdí la libertad, preciosa libertad que no he recobrado hasta después de 13 (sic, en realidad fueron 11) años de infierno rojo. ¡Ah!. Pero en Rusia dejó recuerdo el Batallón y medio de la Gloriosa División Azul, exterminando a casi seis divisiones (sic) soviéticas apoyadas por tanques”.

Los prisioneros españoles fueron internados hasta la retaguardia rusa, hacia Leningrado. El grupo en el que iba José:

“A la entrada del pueblo de Colpinos, se unieron a nosotros otras patrullas rojas que también conducían prisioneros a unos 150 españoles. En desolada procesión, cruzamos el poblado y los soldados rusos de la retaguardia nos insultaron, tirándonos escombros sin compasión. Vejados y martirizados de este modo, nos llevaron hacia Leningrado, camino éste que resulto para nosotros una verdadera calle de la amargura”.

Pasó entonces algo que no fue nada extraordinario en aquella guerra cuando el grupo de prisioneros de José

“Cerca ya de aquella Capital, nos obligaron a hacer alto, y ... !horror!. Aquello fue una carnicería; comenzaron a tiros con nosotros, y yo -gracias otra vez a la Virgen- salí de aquel bárbaro ametrallamiento con vida. Cansados de disparar, se vinieron hacia nosotros y, a los que habíamos quedado con vida, nos obligaron a tirar los muertos a las cunetas de la carretera y a cubrirlos con nieve, mientras nos insultaban llamándonos ‘Llupanihrok’¹⁶, entre risota-

¹⁶ Quizás “Ye but toboy brot” que traducido es “que te jodan tu boca”, algo así como “que te jodan” en español.

das. De los ciento cincuenta españoles que habíamos salido de Colpinos, para Leningrado, no quedábamos más que treinta y seis”.

Recuerda José que los rusos mientras los escoltaban les decían a los prisioneros españoles que con todos los españoles muertos no pagaban lo que había pasado allí, lo que no les resultaba muy tranquilizador, dadas las circunstancias. El miedo les impedía que la ropa les tocara el cuerpo, nadie decía nada. Los rusos llevaron a los prisioneros a un cementerio y los pusieron en fila, esperando los españoles un final trágico. “Nos volvieron a poner en marcha y llegamos casi cadavéricos a las tapias de un cementerio”. Ya que los españoles, al verse prisioneros, se habían quitado los galones, hombreras, etc., los rusos para localizar a los oficiales les miraron las manos buscando quien no tuviera callos, señal inequívoca de trabajos manuales.

“A la fuerza bruta nos alinearon contra la pared, y llegaron cuatro fornidos rusos con picos y palas, que otro, al parecer jefe, nos quiso ir entregando mientras sus esbirros marcaban delante de cada uno de nosotros, el lugar que teníamos que cavar, para que nos sirviera de sepultura. Nadie que no haya pasado por tan duro trance, puede darse cuenta de lo amargo del trago. Saberse impotente para rechazar una muerte que se ve venir, mandada no por Dios, sino por los hombres, abusando de la fuerza y circunstancias, contemplar al pelotón de ejecución, dispuesto a la descarga que nos segará la existencia; mirar al cielo por última vez; ver pasar por la mente, en un solo recuerdo e instante, los seres queridos, padres, hermanos, amigos, Patria... Joven, lleno de vida y tener que perderla así, sin lucha, sin posible rebelión, sentir en la garganta las hieles de la maldición...; pero no, perdonar elevando el corazón al único Ser capaz de comprender la magnitud del Sacrificio... ‘Si te dicen que caí, me fui al puesto que tengo allí’. Nosotros, al ver lo que se intentaba hacer, nos abrazamos al grito de ¡Viva España! Y ninguno tomamos las palas ni los picos. Los rusos, ante nuestra decidida actitud de rehusar abrir nuestra propia fosa, comenzaron a aullar como perros rabiosos, echando juramentos atroces”.

Esto debió ser una estrategia para asustar a los prisioneros cuya vida no valía entonces mucho, lo que consiguieron totalmente como José no tuvo ningún

reparo en reconocer. Se produjo entonces otro asesinato de prisioneros, pero esta vez siguiendo un criterio distinto:

“A las voces acudió otra patrulla, y el que los mandaba, nos fue sacando de la fila a los que teníamos el pelo negro; los rubios, por su desgracia, fueron salvaje y criminalmente ametrallados. Aquellos energúmenos pisotearon sin piedad los cadáveres, y el mismo jefe que nos separó por el pelo, los fue rematando a todos con una pistola. De los treinta y seis españoles, solo quedamos doce. Nos habíamos salvado de momento, por morenos”.

Este testimonio puede parecer intencionadamente exagerado pero lo cierto es que la brutalidad de los rusos no tuvo límites. El testimonio del sargento Ángel Salamanca, hecho también prisionero en aquella batalla, confirmó este comportamiento brutal:

“Nos formaron en columna y emprendimos la marcha hacia Kolpino, en la retaguardia enemiga, quedándonos aterrados al ver que los guardianes mataban a cuantos heridos aparecían, dando señales de vida, a uno y otro lado del camino. Creímos, al principio, que eran nuestros hasta que vimos que no, que se trataba de rusos y, como luego supimos, soldados bisoños, ya que los veteranos, sabedores de lo que sucedía en estos casos, preferían hacerse el muerto en presencia de sus camaradas de armas y luego trataban de salvarse por sus propios y exclusivos medios. También asesinaban a quienes, de nuestra columna, caían al suelo o se rezagaban”¹⁷.

Pensaban los españoles testigos de aquella brutalidad que si este era el trato que los rusos daban a sus propios camaradas heridos en la batalla, ¿qué serían capaz de hacerles a ellos? Finalmente un oficial ruso se puso a chillar: “¡A formar; ¡Vámonos!”. Todos empezaron a andar hacia Leningrado. Durante la marcha, si alguno requería asistencia, los otros divisionarios le ayudaban, pero si por su mal estado no se podía mover y se quedaba rezagado, los rusos lo remataban. José de aquel momento recordaba el frío que helaba la piel y el susto que lle-

17 Vicente TALÓN, “Ángel Salamanca Salamanca. Una Medalla Militar Individual, ‘sur le champ’ en el frente de Rusia”, *Defensa*, extra nº 53, mayo 1999, p. 56-57. Ángel SALAMANCA y Francisco TORRES GARCÍA, *Esclavos de Stalin. El combate final de la División Azul*, Madrid: Denuncia-FN, 2002.

vaban todos en el cuerpo, y no era para menos, acababan de comprobar que la vida de un hombre en ese momento no valía nada para los rusos, ni siquiera la de sus compañeros de armas. Así, llegaron los supervivientes a Leningrado: “Prosiguió mi calvario y el de mis camaradas. Los doce españoles llegamos a Leningrado medio muertos; heridos unos, aspeados otros y todos tundidos a golpes por los servidores de Stalin, que eran bronois, lo que significa en lengua moscovita, tanto decir como bandidos desalmados”.

En Leningrado los prisioneros fueron encerrados en una *isba*, que Huertas supuso ya había tenido antes otro uso:

“Nos metieron en una casa vieja, que unos meses antes había servido de asilo a los desventurados niños españoles traídos por los criminales comunistas de nuestra Patria como refugiados, pero con los malévolos deseos de imprimir en sus tiernas inteligencias las demoníacas doctrinas leninescas y hacer de ellos, comunistas redomados. En aquella vieja casa de maderas carcomidas, en la que el frío se filtraba por todas partes, y sin una mala estufa, nos encontramos con otro grupo de españoles en cautiverio. La barraca, más que casa, se encontraba resguardada con fuerte alambre espinoso. Dos días pasamos en ella reclusos y hacinados como borregos, entre nuestros propios excrementos”.

Para debilitar a los prisioneros no se les dio nada de comer hasta que

“Sobre las dos de la tarde del tercer día, nos sirvieron el primer banquete: 300 gramos de pan, una especie de barro amasado con salvado y peladuras de patata, cinco gramos de tocino rancio, otros tantos de azúcar¹⁸, y en una lata, sobre medio litro de agua sucia. Algunos llegamos a beber nuestros propios orines. Con este régimen de sobrealimentación, nos tuvieron -¡criminales!- veinticinco días. Unos a otros no nos conocíamos, pues ya no parecíamos hombres, sino esqueletos”.

PRIMER CAMPO DE CONCENTRACIÓN: MAKARINO

José Ruano fue trasladado al campo de trabajo de Makarino en un grupo de unos 18 o 20 españoles. Dicho campo estaba en la región de Vologda, cerca de Che-

¹⁸ José Ruano definió aquella comida como “una especie de gachas”.

repovets, lo suficientemente alejado del frente como para asegurarse de que fuese imposible escapar y llegar por medios propios a las líneas alemanas. “El día 7 de Marzo nos sacaron por fin de aquella inmundicia pocilga, para conducirnos, en una expedición, por el camino de Chiripovió (Cherepovets), a un campo de trabajo llamado Makarinos, en la región nevada de Voloda (Vologda)”. Según recordaba José el viaje se hizo en camiones, luego en tren y por último a pie. “Marchamos en camiones, unas veces, y otras andando muchos centenares de sagenas (medida lineal) pasando fatiga y hambre hasta llegar a Makarinos”. Los prisioneros españoles fueron llegando a Makarino –campo al que según parece ellos mismos le dieron ese nombre–, gradualmente y en distintos grupos¹⁹. Fueron distribuidos colocándose a los suboficiales y soldados, unos 280, en el barracón, nº 3 y a los oficiales en el nº 8, con los alemanes y finlandeses. Los campos del GULAG soviético eran básicamente una serie de barracas de madera rodeadas por unas vallas concéntricas de alambre de espino o de madera, con garitas para los vigilantes²⁰. La gestión de los campos dependía del NKVD²¹, que desde 1946 pasó a llamarse MVD²². Sus miembros formaban una élite, los amos indiscutibles de los campos del GULAG²³. Los prisioneros, según recordaba José Ruano, les llamaban los “biseras azules” por llevar unas vistosas gorras con esa característica.

Pese a lo que pudiera parecer, la red de campos del GULAG no fue una carga para el Estado soviético sino todo lo contrario. La Unión Soviética planteó estos campos desde sus orígenes como un gran negocio que permitía disponer de cientos de miles de esclavos que trabajaban en la gran labor de colonizar el territorio de Extremo Oriente que llegaba hasta el Pacífico, Siberia y el Norte de Rusia. Todo ello estaba integrado en los grandes planes quinquenales de industrialización de Stalin, y de hecho la NKVD dispuso de sus propios planes quinquenales. Primero fueron los propios rusos de todo tipo los que pasaron por allí (disidentes políticos, soldados rusos y extranjeros del Ejército Blanco, delincuentes, luego cualquiera que incomodara)²⁴, pero la Segunda

19 Según el testimonio de Joaquín Poquet, él había sido trasladado al mismo campo a finales de febrero en un grupo de unos 300 españoles, entre oficiales, suboficiales y soldados. En ese campo además había alemanes, finlandeses y un grupo de polacos y bálticos (lituanos, letones y estonios), unos 3.000.

20 Nuestro conocimiento sobre el GULAG sigue siendo incompleto hoy día. Los comunistas destruyeron buena parte de la documentación para ocultar lo sucedido y pese a algunos tímidos intentos de abrir los archivos rusos en la era postcomunista, lo cierto es que hoy día sigue siendo muy difícil acceder a su consulta. Para algunos datos de los campos por los que pasó José Ruano he consultado el siguiente libro (en ruso): M. B. SMIRNOV (coordinador), *Sistemas de reeducación de los campos de trabajadores en la URSS*, Moscú: Zvenia, 1989. En la bibliografía en español es fundamental la obra de Applebaum Anne, *GULAG. Historia de los campos de concentración soviéticos*, Barcelona: Debate, 2004.

21 Literalmente era el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos.

22 MVD (Ministerio del Interior), responsable de la policía criminal, las prisiones y los bomberos.

23 El Gulag (en ruso ГУЛАГ) era la Dirección General de Campos de Trabajo, rama del NKVD.

24 Los propios miembros del NKVD que formaban sus cuadros en la década de los 30 fueron asesinados prácticamente en su totalidad.

Guerra Mundial les proveyó de millones de nuevos trabajadores que construyesen las infraestructuras de la nueva Rusia y trabajasen en sus fábricas y minas. Eran prisioneros de guerra, poblaciones civiles enteras que fueron desplazadas del nuevo mapa europeo surgido tras el reparto del mundo por las potencias vencedoras, a menudo los prisioneros de los campos de trabajo alemanes que fueron trasladados por los rusos a los suyos. Además, los prisioneros suponían una importante fuente de ingresos ya que los jefes de los campos los alquilaban a los *koljoses* (cooperativas socialistas), empresas mineras, madereras, fábricas o cualquier otro que pagase por ellos. A menudo la rentabilidad económica fue la única razón para mantener a los prisioneros con vida y la baja productividad era una buena excusa para asesinarlos a la menor oportunidad. Está demostrado que algunos prisioneros incluso fueron usados como manipuladores de productos radioactivos sin la protección adecuada, llevándolos a una muerte segura e, incluso, me comentó José que durante la guerra de Corea se les dijo que serían enviados a luchar contra los norteamericanos si bien, al parecer, acabó la guerra antes de que los enrolasen²⁵.

En un principio los españoles trabajaron recibiendo sólo algunos rublos por determinados trabajos especialmente penosos y que se cobraron con bastante retraso:

“Los trabajos a que nos sometían no podían ser más duros, ni más inhumanos. Nos sacaban a trabajar con las primeras luces del día, aun de noche, y regresábamos al barracón también de noche. Después de esta jornada extenuante, siempre bajo la amenaza del fusil rojo, nos daban por toda comida una nauseabunda sopa de coles corrompidas y unos trozos de carne de caballo, con gusanos, y sin descansar apenas, nos obligaban a bajar al río, para romper con picos el hielo, hasta que amanecía”.

Los oficiales, de acuerdo con la Convención de Ginebra, debían recibir mejor alimentación y estar exentos de trabajar fuera del campo, pero nunca se respetó dicha Convención en lo que se refiere al trato a los prisioneros, que desde el primer día fueron sometidos a presiones psicológicas para acabar con su unidad y disciplina y sufrieron todo tipo de maltratos físicos. Las palizas, el hambre, el trabajo forzado hasta la extenuación, el asesinato, los robos por los otros presos -los acusados de delitos comunes-, fueron la norma habitual.

Las jornadas de trabajo variaban entre las ocho y las doce horas de trabajo -según los campos- aunque lo normal eran las ocho horas. Sin embargo, dadas

25 La guerra se inició en 1950 y el alto el fuego se firmó el 17 de julio de 1953.

las condiciones climatológicas a menudo muy extremas, a que no había días de descanso y sobre todo, a la escasa alimentación, se resintió rápidamente la salud de los prisioneros, que acabaron por comerse cualquier cosa que pensaban era comestible, lo que a menudo no era así, provocando envenenamientos y todo tipo de infecciones. Los prisioneros se agrupaban por nacionalidades actuando a menudo solidariamente entre ellos por este criterio, sin descartar las buenas relaciones de amistad que se pudieron establecer, especialmente por camaradería política, entre las distintas nacionalidades. En el caso de los españoles se mantuvo además la estructura militar y la cadena de mando.

Para minar la cohesión interna entre los presos se valieron de los que se autodenominaban “antifascistas”, en realidad la mayoría comunistas excombatientes de la guerra civil española que habían acabado exiliados en la Unión Soviética y eran utilizados como espías y delatores para atraerse hacia el comunismo a los prisioneros españoles. Estos antifascistas además tenían que trabajar en los campos “como buenos comunistas”. El éxito que obtuvieron fue realmente escaso si tenemos en cuenta el porcentaje de españoles que abandonaron la disciplina militar y la camaradería política, pero hubo varios que, buscando mejorar su alimentación y vestuario, renunciaron a sus antiguos compañeros para unirse al grupo de los antifascistas. En realidad fue para la mayoría de ellos la única posibilidad de sobrevivir, aunque tuvieran que vivir avergonzados frente a sus antiguos compañeros. Los prisioneros fueron además sometidos a labores de reeducación política mediante charlas y lecturas propagandísticas disponibles en las bibliotecas en los que se daba una visión idílica de la Unión Soviética, visión que evidentemente todos sabían era falsa. En general, los divisionarios eran mayoritariamente convencidos anticomunistas provenientes del falangismo, del carlismo o de tendencias derechistas, que habían ido a luchar en su inmensa mayoría de manera voluntaria²⁶, por lo que los comunistas sólo pudieron quebrar su voluntad mediante amenazas y chantajes. La reeducación pretendía formar buenos comunistas, y no me refiero con ello a personas que realmente se creyesen las doctrinas de Lenin sino simplemente a que fuesen obedientes y demostrasen públicamente admiración por Stalin. Ya he descrito el caso particular de José Ruano, excombatiente en la guerra civil en el bando “rojo” y luego prisionero de guerra. Por ello he de reconocer que cuando hablé con él, en las primeras entrevistas que me concedió no tenía muy clara cual era su manera de pensar entonces ni cual habría sido la postura que había mantenido finalmente para sobrevivir en los campos de concentración.

²⁶ Algunos historiadores mal informados han defendido la versión de que la División no fue voluntaria, en parte por los testimonios de algunos divisionarios que pretendieron justificarse de haberse enrolado trascurridos los años. Lo cierto es que la inmensa mayoría de los que fueron lo hicieron voluntariamente pero hubo algunos militares profesionales que fueron enrolados “a dedo” por ser cualificados y necesitárseles para el funcionamiento de la Unidad.

La presencia de los antifascistas fue permanente en todos los campos por donde pasaron los prisioneros españoles, quienes además nunca coincidieron todos en el mismo a la vez, estando repartidos siempre en varios grupos por toda la geografía rusa. Sobre estos antifascistas José se refirió en sus memorias, en concreto a Felipe Pulgar y a su mano derecha, José Vera:

“En este campo había dos malditos renegados españoles, nombrados Vera y Pulgar²⁷; los dos vestían uniformes de Sargento del ejercito ruso y eran caporales de su grupo, también huidos de nuestra Cruzada de Liberación, y que campanudamente se denominaban antifascistas²⁸. Estos bandidos renegados eran los que en aquel campo daban órdenes y los que por un plato de sopa llegaron a asesinar vilmente a algunos compañeros. Makarinos fue la tumba de muchos compatriotas míos; hoy tocaba a unos, mañana a otros. (...) Los rusos eran para nosotros unos soberanos bandidos, pero al fin tenían la culpa de ser rusos; ahora que, más criminales resultaban los del grupito de bandidos españoles, los comunistoides, ya que su fobia contra los divisionarios era tanta, que llegaron a uncirnos a unos arados, como a bestias, teniéndonos cinco jornadas labrando tierra”.

Lo peor de Vera y Pulgar no era sólo que cargasen de trabajo y robasen a los prisioneros, asesinando también a algunos, sino que además abusasen sexualmente de los que fuesen de su agrado, dada su homosexualidad, aspecto este nunca recogido en ninguna obra de las distintas memorias de los divisionarios, seguramente por ser una cuestión vergonzante y tabú. José Ruano explicó en sus memorias estos abusos de la siguiente manera:

“¡Cuántas noches frías pasé desvelado, sin atreverme a cerrar los ojos, temerosos de que cometieran alguna atrocidad aquellos libidinosos de Vera y Pulgar! Pues hay que advertir que los dos facinerosos cochinos, no se limitaban a robarnos cuanto teníamos -algunos pocos rublos ganados, trabajando con brigadieres (contratistas de obras)

²⁷ José Ruano, o quizás Huertas, escribieron erróneamente en sus memorias el nombre de Pulgar como “Purgal” lo que ha sido corregido en el texto para evitar confusiones en el lector.

²⁸ Felipe Pulgar había sido Comisario de Batallón de la 11 División, del “Campesino” (Valentín González). Poquet cita también a un Teniente Civil que estaba en el campo de Cherepovets y que había sido Comisario de Brigada de la División Líster.

y algunas cosillas de las que nos mandaban en paquetes alemanes- sino que cada noche elegían víctimas en que desahogar por la fuerza, sus equivocadas apetencias sexuales. Entre los prisioneros no dejaba de haber algunos favoritos de los amoraes comisarios, que eran tratados por ellos con enfermiza predilección. ¡Asquerosos!”.

También había un capitán apellidado Velasco que había rusificado su apellido como “Wielakof”, que hizo de intérprete al General ruso que interrogó a los prisioneros²⁹. Los prisioneros al llegar a Makarino habían sido interrogados concienzudamente y fotografiados, abriéndoseles una ficha en la que constaba su especialidad militar, ocupación en España, el partido político en el que militaban (si lo habían hecho) y otra serie de cuestiones para tantear la formación cultural del prisionero y su posición familiar, pero sobre todo su predisposición a ingresar en el grupo de los antifascistas, renunciando a los que hasta entonces eran sus camaradas. Los que coaccionados se venían abajo eran utilizados como ejemplos en las octavillas que se lanzaban a las líneas de la División Azul para incitarles a desertar asegurándoles que serían bien tratados y alimentados. En Makarino, José Ruano fue “juzgado” en juicio de guerra siendo condenado a 10 años de trabajos forzados.

Las anécdotas sobre el hambre y cómo se aprovechaba cualquier cosa para mitigarla son abundantes en los testimonios de los supervivientes. Por comer cualquier cosa aparecieron las primeras enfermedades asociadas: colitis y disentería. Algunos divisionarios débiles de carácter o enfermos aceptaron firmar un documento denigrando al régimen español, uniéndose así al club de los antifascistas, recibiendo a cambio mejor trato o las medicinas que les salvaron la vida. En pocas palabras, la alternativa era hacerse comunista o morir de hambre, de frío o de una paliza. José Ruano recordaba especialmente el hambre padecida con la siguiente anécdota:

“El hambre nos volvió rabiosos, hasta el punto que muchas veces pasó por nuestras mentes la idea macabra de comernos unos a otros. En una ocasión, a otro Camarada y a mí nos llevaron a un Cuartel de soldados que cerca del campo había, para trabajar en unos canales de desagüe. Al vernos allí, pensamos escaparnos aun a trueque de morir sepultados en la nieve; pero no nos fue posible, porque estaba todo el edificio rodeado de alambradas, con muchos centinelas provistos de perros lobos, animales feroces que emplean los rusos para dar caza a los prisioneros que intentan la evasión.

29 Lo citaron el divisionario Poquet y el comunista español Roque Serna (como Sargento Velasco), p. 90.

Nos hallábamos los dos picando cerca de las alambradas; era sobre el mediodía y el hambre nos roía el estomago de forma atroz, pues no habíamos comido desde el día anterior, en que nos dieron una sopa de pepinos cocidos en agua con sal. La vista se nos extraviaba, comenzando a padecer alucinaciones. De pronto, acertó a cruzar ante nosotros uno de los perros lobos, parándose a una distancia de unos diez o doce metros. Comenzó el animal a hociquear en el suelo, en el que unos soldados le habían puesto una gran lata con harina cocida... ¡Dios Santo, comida! ¡Muy cerca de nosotros había comida! No lo pensamos ni un momento; enarbolando los picos nos fuimos derechos al perro, dispuestos, pasase lo que pasase, a arrebatarse la lata de condumio. El animal, al vernos llegar en actitud amenazadora, defensivo alzó la cabeza enseñando los afilados dientes; pero mi camarada le pegó rápido un fuerte golpe con el pico. Saltó el perro y yo cogí la lata de comida, más tan pronto que pudiese evitar me alcanzase una de sus dentelladas en la pierna derecha, que por fortuna no hizo otra cosa que arrancarme un trozo del pantalón. Mi camarada le secundó con el pico, propinándole tan fuerte golpe que allí quedo con la cabeza partida en dos. Ningún guardián nos había visto, por encontrarse entonces dando la vuelta por la otra parte de la alambrada. Y aquella bazofia llena de babas del canino, nos sirvió aquel día para aplacar en algo nuestra hambre voraz. ¡La comida del perro, fue para nosotros algo opíparo!. Después que dimos muerte al perro lobo para apoderarnos de su comida y saciar con ella nuestra hambre, procedimos a enterrarlo en la misma zanja de desagüe que estábamos abriendo. En la operación nos favoreció un tumulto que se produjo al otro lado del Cuartel, por la reyerta de dos soldados ebrios de 'vodka', disputa que atrajo la atención de los guardianes hacia aquella parte. Ello nos dio tiempo para sepultar al animal y borrar con nieve, las huellas de su sangre. Nada, pues se descubrió, y si echaron de menos el perro, cosa esta, que nosotros no supimos. Trabajando en aquellos desagües pasamos varios días; al amanecer nos sacaban de la barraca del campo, conduciéndonos al Cuartel, y en él, permanecíamos picando hasta la noche, en que nos volvían al barracón de Makarinos. Comíamos la consabida sopa de pepinos y los 300 gramos de pan negro, amasado

con salvado y peladuras de patatas, y nos tumbábamos rendidos sobre los camastros a dormir hasta la madrugada, en que otra vez salíamos al tajo”.

Mientras tanto, en julio de 1944 Teresa Vera Verdú, una prima de José Ruano, dado que sus padres estaban todavía presos recibía una carta del Gobierno Militar de Albacete en la que se le comunicaba oficialmente la desaparición de José Ruano³⁰.

SOLOMOBO

José Ruano permaneció en Makarino aproximadamente un par de años, hasta que en 1945 fue trasladado al campo de Solomobo.

“En el año 1945, me mandaron con una expedición a otro campo de trabajo denominado Solomo (sic, Solomobo). Llegué a él, entre un millar de prisioneros de distintas nacionalidades, pues a más de españoles, los había rusos, suecos, húngaros, italianos y alemanes, estos últimos en mayoría. El jefazo de aquel campo se apodaba Makuri y como todos los rusos mandones, era un perfecto criminal. Fue por la tarde cuando llegamos al campo”.

El estado del mismo era lamentable,

“Las barracas estaban medio destruidas; los prisioneros íbamos casi en cueros, la nieve lo cubría todo y se dejaba un frío de -40 grados. Pues bien, a pesar de nuestro precario estado físico, de lo tarde que era y de no haber comido, Makuri dio orden de que fuésemos seguidamente a trabajar en una pista de la carretera”.

Como en Makarino, también en Solomobo había numerosos presos comunes -por lo general delincuentes peligrosos-, a los que el Director de dicho campo utilizaba en beneficio propio.

30 “Gobierno Militar. Albacete. Representación de la División Española de Voluntarios. Tengo el sentimiento de comunicar a V., que según telegrama recibido en esta oficina hoy fecha, procedente del Ministerio del Ejército, el Voluntario de la D. Española, JOSÉ RUANO FERRER, fue desaparecido el día 10 de febrero de 1943; por lo que el Exmo. Sr. Ministro me encarga le de su pésame. Dios guarde a V. muchos años. Albacete 21 de julio de 1944. EL TENIENTE DELEGADO. Francisco Tornero”. En julio de 1947, el padre de José solicitó se averiguase lo sucedido con su hijo para poder solicitar una pensión.

“Pronto me di cuenta de que Makuri tenía también un grupito de bandidos, alcahuetes, soplones y ladrones, capaces de cometer con nosotros las mayores atrocidades. Para tener buen conducta ante el Jefe y sus esbirros, teníamos que robar en su beneficio, si así no lo hacíamos, nos apaleaban brutalmente y nos vendían por días -como me pasó a mi- a otros rusos, para emplearnos como esclavos en trabajos de la tierra, unciéndonos a los arados como animales”.

Aquí los prisioneros eran también alquilados a contratistas:

“Todas las mañanas a las siete, se abrían las puertas del campo y aquello se convertía enseguida en un mercado negro. Venían rusos de todas castas armados con fusil a comprar prisioneros, por cuya prestación, Makuri cobraba buenos rublos. En esta especie de venta de esclavos, los españoles éramos preferidos, como mejor mercancía y Makuri se aprovechaba de ello, entregándonos mediante subasta al mejor postor. ¡Namiña espasi!- decían los compradores³¹: 10 rublos más. ¡Veinte! Replicaba otro. ¡Veinticinco! Pujaba un tercero... Y el negrero jefazo, nos remataba al que más daba por nosotros”.

Los malos tratos a que fueron sometidos los españoles en Solomobo no fueron una exageración, ya que coinciden con otros testimonios de supervivientes como los de Joaquín Poquet, Salamanca, Eusevio Calavia, Pérez Eizaguirre o Juan Negro que describieron los abusos protagonizados por el grupo de antifascistas de dicho campo³². Los jefes de los antifascistas entonces eran Civil y Pulgar ayudados por varios comunistas españoles más³³. En este campo el sargento Blanco, extenuado por el trabajo, fue asesinado a golpes de palas, picos y barras de hierro entre gritos de dolor y de perdón mientras le acusaban de

31 Debía ser “Míñá espasi” que quiere decir “sálvame”, en realidad eso lo debían decir los trabajadores que querían ser contratados.

32 Éstos sucedieron algo después de que José Ruano estuviese allí, en junio del 46, cuando Poquet pasó por éste. Joaquín POQUET GUARDIOLA, *Memorias. 4045 días cautivo en Rusia (1943-1954)*; Eusebio CALAVIA y Francisco ÁLVAREZ COSMEN, *Enterrados en Rusia*, Madrid: Saso, 1956; Juan NEGRO CASTRO, *Espanoles en la URSS*, Madrid: Escelicer, 1959; Ramón PÉREZ EIZAGUIRRE, *En el abismo rojo: memorias de un español, once años prisionero en la URSS*, Madrid, 1955.

33 Estos eran Alario Barrigón -un teniente piloto del ejército republicano-, un tal Mené, José o Francisco, izquierdista evadido de la División Azul y que había sido teniente de Carabineros en nuestra guerra civil- un gitano llamado Torcuato y otros más.

simular que no podía trabajar³⁴. Estos abusos hicieron que hubiese algunos antifascistas que, avergonzados por el comportamiento de sus compañeros comisarios, intentasen ayudar a los prisioneros³⁵. Las extenuantes jornadas de trabajo se vieron empeoradas por la actitud de los otros prisioneros, en concreto alemanes:

“En descargar trenes de tierra, para la construcción de una vía, también nos dedicaban los tachanik (sic, Nachalnik) (contratistas), mas como los españoles que allí estábamos no pasábamos de ciento veinticinco, constituíamos minoría con los otros prisioneros de distintas nacionalidades que eran mil y pico, por lo que en el reparto de vagones a descargar, nos endosaban siempre los mayores, dejando para ellos, los que tenían menos. Pero un día nos hartamos, y a fuerza de palazos nos adueñamos de los vagones pequeños, dejando para ellos los más pesados. ‘¡España monega temperamen!’ . Gritaban corriendo, y desde aquel momento, fuimos los amos”.

Finalmente, seguramente por intereses de los planes productivos, José fue trasladado de nuevo:

“Trabajando mucho, mal pagados (la mayor parte se la llevaba Makuri) y peor comidos, estuvimos en Solomo muchos meses, hasta que sin saber por qué, nos condujeron nuevamente a Makarinos. Los pocos españoles que quedábamos, salimos de aquel cementerio cantando: ‘¡Adiós pueblo de Solomo, recuerdos tengo de ti, que si me descuido un poco, el pellejo dejo allí!’ . Que ni aun los más duros sufrimientos, abaten el buen humor de los españoles”.

REGRESO A MAKARINO

Hay en casi todo el relato de José Ruano muy poca concreción en las fechas, centrándose por ello el relato de Huertas en sus vivencias por encima de las cronologías. De su lectura se deduce que hay testimonios que sucedieron en algún momento dentro de un amplio arco de tiempo, sin más concreción que quizás

³⁴ POQUET, p. 34.

³⁵ Como el caso de un tal Landete que por la noche le daba envuelto en un trapo y a escondidas a Poquet, las raciones de comida que el Comisario Felipe Pulgar le quitaba para castigarle.

el campo de trabajo donde sucedieron. Después del paso por Solomobo, José Ruano regresó al campo de Makarino, donde nada nuevo le esperaba: trabajo y más trabajo sin descanso y siempre presente el hambre.

“En Makarino continuamos, ¿cómo no? Padeciendo el martirio del hambre y del extenuante trabajo bajo temperaturas de congelación a que éramos sometidos los prisioneros de guerra. Si bien yo pude saber, por lo que me contaron los que habían pasado por campos de concentración de refugiados políticos, que los campos de trabajo eran más llevaderos comparados con aquellos”.

Sorprendente para los divisionarios fue encontrarse en calidad de prisioneros y en las mismas condiciones que ellos a un grupo de pilotos y marinos provenientes del bando “rojo” de la guerra española, como los antifascistas ya conocidos. Sin embargo éstos no se habían quedado, a diferencia de los antifascistas, voluntariamente en la URSS.

Los pilotos habían sido alumnos de la escuela de oficiales pilotos del Ejército del Aire republicano. Habían sido enviados por el Gobierno republicano español a cursar estudios de pilotos de guerra, cursos que habían costado 14.000 pesetas oro y que la propaganda republicana había intentado hacer pasar como la “solidaridad antifascista” con España. Los marinos eran los que pilotaban los barcos que por el Mediterráneo exportaban productos agrícolas españoles e importaban armamento de la URSS. Al acabar la guerra y dejar de cobrar los cursos de los pilotos, suspendieron las clases y empeoró el trato y la alimentación. Los marinos fueron retenidos por los rusos, que se apropiaron ilegalmente de los barcos españoles y que no podían consentir que unos españoles prefiriesen regresar a la España “fascista” antes que permanecer en el “paraíso soviético”³⁶. Todos, marineros y pilotos, fueron deportados a campos de trabajo, otros juzgados por tribunales militares y condenados a Siberia y sólo algunos se quedaron trabajando en los *koljoses* rusos. En el campo de Norilsk, en el círculo polar, murieron los marinos más viejos que no pudieron resistir las durísimas condiciones de vida. En junio de 1941, al empezar la segunda guerra mundial para la URSS, todos los extranjeros fueron conducidos a los GULAG. Los marineros fueron trasladados a Jarkov, en Ucrania. Ninguno era ya útil para Stalin y todos fueron llevados a los

36 Poquet cita los barcos “San Agustín”, “Santo Tomé” y “Mar blanco” que en abril de 1939 se encontraban descargando en Odessa. También fueron robados por el gobierno ruso el “Isla de Gran Canaria”, de la compañía Transmediterránea, construido en Bilbao en 1921, de 3.100 toneladas. Durante la guerra intervino en el desembarco de Mallorca y había hecho varios viajes a la URSS. Manuel RUBIO CABEZA, *Diccionario de la guerra civil española*, 2º tomo, Barcelona: Planeta, 1973, p. 437.

campos de trabajo de manera que, paradójicamente, antiguos servidores de los comunistas habían acabado “saboreando” el sistema comunista en sus propias carnes.

“Para Stalin y sus secuaces, los cándidos politiquillos e intelectuales frapé que habían fracasado en España, eran unos estorbos, por estar enterados de la tramoya comunista unos, y otros porque después de haberles servido de comparsas en sus fines de dominación, constituían ya un lastre del que Rusia quería desprenderse. Y así, los que no tuvieron ocasión de evadirse a tiempo, caídos en desgracia del dictador soviético, fueron dejando su piel poco a poco, anegados en las tristezas y en las amarguras de las grandes decepciones, al convencerse por completo de la verdad de Rusia, por descorrerse ante ellos el telón de acero y vislumbrar en todo su esplendor el paraíso rojo. En cambio nosotros, la masa anónima, pero fuerte de músculos de los prisioneros, éramos en sus manos una máquina de rebote (trabajo) admirable, por lo que, aun siendo dantesco, siempre era más benigno el trato que nos daban. En Makarinos estuve varios años, saliendo todos los días con el grupo de prisioneros al tajo de trabajo-carreteras, explanaciones de vías, construcción de poblados, etc- mal alimentado y siempre bajo la amenaza de los lachanik (nachalnik). Los españoles estábamos al cabo de unos meses con una exinanición que no podíamos tenernos de pie. Los únicos que se encontraban fuertes eran los componentes del grupo favorito del endemoniado Sargento Pulgar. Este grupo de Sukas³⁷ (delatores y chivatos) estaban protegidos por la policía, comían mejor y no trabajaban. Sukas y brigadieres, castigaban por lo más mínimo y camaradas hubo a los que estando enfermos, pisotearon hasta reventarlos”.

Los pilotos y marinos “rojos” sufrieron los mismos malos tratos de los “anti-fascistas” que los prisioneros procedentes de la División Azul. Ellos también fueron asesinados y esclavizados por el régimen de Stalin y desde el primer momento en que coincidieron con los otros españoles fueron totalmente solidarios con ellos.

³⁷ “Suka” en realidad es un insulto que quiere decir algo así como “cabrón”.

LA ISLA DE LOS 70

Según parece por los testimonios que nos han llegado, los contratistas rusos alquilaron a grupos de setenta españoles para trabajar en una isla del río Mstá:

“Bajo los auspicios de tales asesinos (sukas y brigadieres), se formó una expedición con los setenta españoles a quienes tenían más hinch, llevándonos a una pequeña isla en Siberia. Aquella isla no tenía nombre conocido, pero los españoles la bautizamos con el de ‘La Isla de los Setenta’”.

En esta isla -a la que también se refirió con el mismo nombre- había estado antes, según sus memorias, el divisionario Poquet³⁸. En la isla había un pequeño grupo de soldados de guarnición que se encargaban de la vigilancia de los presos. El trabajo consistía en talar bosques de álamos, chopos, abedules, etc. y llevarlos a pulso hasta un embarcadero cercano donde se recogían los troncos en una barcaza.

“En la isla, todo el terreno era pantanoso e insalubre. Nuestro trabajo consistía en acarrear a hombros, grandes troncos de árboles, desde una de las orillas, en que fue talado un bosquecillo, a la otra, donde atracaban todos los días unas barcazas a recogerlos. Ni barracones ni casas existían en la isla; nosotros habitamos un refugio construido con cuatro palos levantados y unas lonas en forma de toldos. Enfermamos muchos de fiebres palúdicas, muriendo bastantes. De allí era imposible escapar, pues toda la isla se encontraba cercada por centinelas, que se iban relevando cada vez que las barcazas venían a transportar los maderos por vía fluvial”.

En la isla lo único que consolaba a los presos era que había la posibilidad de encontrar algún animal que comerse, y cuando no quedaba ninguno todo tipo de hierbas que creían comestibles y poco más:

“La comida escaseaba tanto, que a los pocos días de estar en la isla -a la que ya no llamábamos de Los Setenta, sino de ‘El Diablo’³⁹ no quedó en ella un animal vivo; hasta las

³⁸ Poquet estuvo entre el 7 de junio y el 1 de septiembre de 1943, o sea que de ser correctas las fechas que dejó José, Poquet había estado en la misma isla dos años antes que él.

³⁹ El grupo del divisionario Poquet la acabaron llamando con el expresivo nombre de “Isla de la Muerte”.

culebras nos comimos asadas, sin otro aderezo que cortarles la cabeza. Cuando ya no hubo bicho de que echar mano, devorábamos la escasa hierba que crecía en los fan-gales; como los rumiantes, nos alimentamos de hierbajos”.

El exceso de trabajo y la ingestión de cualquier cosa pronto provocaron la aparición de intoxicaciones, diarreas, tifus y xerostalmia⁴⁰. Ya durante la estancia de Poquet, la gran cantidad de enfermos obligó a que el jefe de los guardias hiciese ir a un médico para atender a los prisioneros⁴¹.

Para José Ruano lo único realmente positivo de la Isla de los Setenta fue que allí conoció a una brigadiera llamada Mishka que según me contó se “encaprichó” de él. Realmente, cuando José Ruano me relató su relación con aquella mujer nunca me dijo hubiese sentido nada especial por ella, luego en la redacción de su relato que hizo Huertas se refirió a ella de una manera un tanto despectiva, entiendo que más por iniciativa de Huertas que del propio José. Lo cierto es que fue ella la que debió sentirse atraída por José Ruano y éste se limitó a aprovechar las ventajas que podía obtener en aquellas difícilísimas circunstancias. Cada preso intentó aprovechar cualquier oportunidad que se le presentase para sobrevivir, y sin duda esa fue la gran oportunidad de José Ruano de mejorar en su situación. Para que los españoles de 1954 -que iban a leer el relato redactado por Huertas- pudiesen entender las circunstancias de aquella relación, José Ruano dedicó unos párrafos a explicar el papel de la mujer en la Unión Soviética y cómo podían ellas realizar tareas y ocupar puestos normalmente reservados a los hombres en otros países, como el de brigadier de un campo de trabajo, cosa que resultaba extraño para un español. Ya he explicado que en Kolpino los divisionarios fueron hechos prisioneros por un grupo de mujeres soldado. Sin embargo, la equiparación de funciones entre hombres y mujeres quedaba ocultada por una sociedad embrutecida hasta lo increíble, en la que en realidad la mujer estaba tan supeditada al hombre como en cualquier otra:

“En la democrática U.R.S.S. la mujer tiene los mismos derechos que el hombre, según reza la doctrina redentora y puede por lo tanto, ejercer toda clase de oficios y profesiones liberales, si bien, y aquí para internos, he de decir que está bajo la férula del hombre y explotada por él, trabaja como verdadera acémila, sobre todo en los rurales”.

⁴⁰ Ceguera boreal. Provocada por falta de vitamina A.

⁴¹ Un relato descarnado de lo acontecido en la Isla de los Setenta en SALAMANCA y TORRES, *op. cit.*, p. 167-172.

Después continuó su descripción destacando que las relaciones que en la Unión Soviética había entre hombres y mujeres -y por ende la suya con la brigadiera Mishka- no estaban basadas en el amor.

“El amor es libre, allí todo es libre; la mujer y el hombre se unen casi siempre por apetencias carnales o económicas, no existiendo entre ellos lazos afectivos de espiritualidad, sino materiales. Las hembras, desde muy jóvenes, -porque allí envejecen pronto- sacian sus instintos sexuales como pueden, buscando y pagando a los hombres, en chaleo como quien compra un caballo”.

Luego veremos la razón por la que eran las mujeres las que pagaban a los hombres, contra lo habitual en otras sociedades. La consecuencia de esta mezcla de miseria generalizada y de libertinaje sólo podía ser una: “En Rusia no existen casas de lenocinio, ahora que, todo el país es un prostíbulo; por eso vive allí a gusto ‘La Pasionaria’”.

No fueron tampoco positivos los comentarios sobre el pueblo ruso, al que acusaba (más o menos injustamente) de haber sido fácilmente manipulado y de no haberse enfrentado a los comunistas y ser por ello responsable de su situación. Stalin no era por ello a ojos de José más que un nuevo Zar.

“El pueblo ruso, en general, es inculto y muy dado a la superstición y al fanatismo, de lo que se aprovechan sus dirigentes, extraviándole con doctrinas utópicas de nivelación social, en beneficio, claro está, de unos pocos arribistas doctrinarios de Lenin, quienes han constituido la mayor plutocracia del mundo. Las purgas, por envidias entre ellos, se suceden frecuentemente, eliminándose unos a otros para ir escalando puestos, o por eukases (decretos) del tirano Stalin, el Zar Rojo. La familia, en nuestro concepto cristiano, no se conoce, ni los hijos suponen otra cosa que una producción mas en sus planes quinquenales; mercancía para el Estado... Y, el pueblo moscovita no se rebela contra sus actuales tiranos, porque en la masa de la sangre lleva el ser esclavo; ayer de los Zares, hoy de los stalinianos”.

En parte porque su relación con aquella mujer se inició en las circunstancias descritas, el relato de Huertas fue crítico con ella y por extensión con toda la sociedad soviética. En el fondo, la pérdida de cualquier referente moral en la

educación llevado a cabo por los comunistas y la miseria generalizada, excepto para “los del partido”, fue el resultado de esa situación social. No exageraba, la prostitución era algo habitual y en este sentido abundan los testimonios. “Pero volvamos al hilo de mi historia. De la Isla de los Setenta, pude salir gracias a una mujer, a una brigadiera que estaba al frente de nosotros y, a quien debí caer en gracia, ya que lo corriente en ella, era tratar mal a los prisioneros y privarles de la comida, so pretexto de no haber trabajado bastante”.

CAMPO DE CHEREPOVETS

El encaprichamiento de la brigadiera Mishka⁴² con José le resultó de gran utilidad como veremos a continuación: “La brigadiera -de la que hablaré mas detenidamente en el transcurso de esta verídica historia- me fue eximiendo del trabajo rudo, destinándome a faenas más llevaderas, consiguiendo sacarme de la isla, cuando ella se marchó a Charipobíe (Cherepovets), a regir los trabajos de aquel campo”.

Cherepovets era desde los años treinta -lo sigue siendo-, un importante centro metalúrgico. La ciudad se encuentra también en el Oblast, región de Vologda, entre Moscú y Leningrado en el cruce de caminos de la vía navegable Volga-Báltico. Los españoles de dicho campo trabajaban normalmente en el taller de zapatería artesana, trabajo que era bastante más cómodo que el que realizaban los otros prisioneros⁴³. José Ruano al llegar a Cherepovets debió sin embargo su nuevo puesto de zapatero a la ayuda que le prestó la brigadiera dada su escasa habilidad que, según él reconoció, no justificaba su presencia allí.

“¡Oh, milagros del amor! En Charipobíe, fui zapatero, aunque no sabía coger una cuchilla ni el tirapié; pero ella me dijo: ‘Tu ahí amor mío y verás que bien lo pasas...’. Me fui defendiendo en el oficio más mal que bien. ¿Por qué no tendría yo habilidad de zapatero, siendo como soy de un pueblo donde tantos y tan buenos los hay?- pero comía mejor y trabajaba menos, protegido por la amistad de la caprichosa rusa”.

Sin embargo, la bonanza de José duró hasta que la mala suerte se cruzó en su camino...

⁴² En las fuentes aparece citada de distintas formas: Mishka, Mitchka, Nitchka y Nichka.

⁴³ Poquet llegó a este campo en noviembre de 1945 y estuvo hasta junio del 46. Él ya había estado anteriormente entre diciembre de 1944 y junio de 1945 en este mismo campo y entonces los españoles trabajaban en una central termoeléctrica y en un aserradero.

“Lo bueno pronto termina, y un maldito día apareció por el campo el Sargento Pulgar; vino de comisario y en cuanto me vio exclamó zumbón: ‘Ruano, ya se que eres un buen zapatero. Ponle medias suelas a estas botas, que yo te lo pagaré bien’. Se me cayó el alma a los pies; cogí el par de botas y, no quieran ustedes saber... el arreglo tan esmerado y perfecto, que el Sargento Pulgar no se las pudo ya poner. Ni que decir tiene que, a pesar de los buenos oficios de la brigadiera, perdí el destino de zapatero. ¡Estaba visto, el dichoso Pulgar era para mí, la sombra del manzanillo”.

LA DERROTA ALEMANA

El 14 de agosto de 1945 se rendía Japón y acababa la guerra. Antes, el 9 de mayo, se había rendido Alemania. Al comunicárseles la noticia, los españoles supusieron que pronto regresarían a España puesto que ya no tenía razón de ser su presencia allí. Al acabar la guerra, según reconocía la Convención de Ginebra, los prisioneros de guerra debían ser liberados. Debemos tener en cuenta que la penuria de los españoles no sólo se limitaba al hambre, el durísimo trabajo o los malos tratos, sino que además eran soldados inexistentes oficialmente, pues los rusos no los reconocían como tales. Con ellos, como ha subrayado Francisco Torres, no se cumplieron las normas establecidas en la URSS por el Acuerdo del Consejo de Comisarios del Pueblo en julio de 1941⁴⁴. Esto tuvo, en principio, una consecuencia y es que los prisioneros españoles no recibieron correspondencia de sus familiares ni paquetes de ayuda que entregaba la Cruz Roja Internacional, salvo los pocos que se las ingeniaron para recibirlos suplantando a otras personas.

El gobierno español, por su parte, inició gestiones para averiguar el destino de estos hombres a través de segundos países. Desde 1943 el Ministerio de Asuntos Exteriores disponía de un listado de posibles prisioneros, reelaborado en 1946. Conforme los prisioneros de otras nacionalidades fueron liberados, especialmente italianos y alemanes, fueron precisándose los datos, e incluso algún prisionero consiguió enviar cartas haciéndose pasar por otra persona y pudo así hacer saber a los que recibieron las cartas sus identidades para que las comunicaran en España. Así, en el año 1946, se confirmó la existencia de grupos de españoles en los campos de trabajo soviéticos, aunque no fue el caso de José Ruano, que no fue nunca identificado entre los prisioneros.

La derrota de Alemania y sus aliados supuso además que miles de nuevos prisioneros de guerra, sobre todo alemanes, fuesen llevados a los campos de

⁴⁴ Texto completo en Francisco TORRES, “La Historia” en *Esclavos de Stalin...*, *op.cit.*, p. 27-29.

trabajo que quedaron abarrotados, disparándose los casos de tifus y otras enfermedades asociadas. La calidad de vida y el estado de los prisioneros empeoró. Desnutridos y sin servicios sanitarios adecuados, un accidente en el trabajo mal curado podía suponer una invalidez permanente y la muerte.

Como consecuencia de la Conferencia de Postdam (realizada entre julio-agosto de 1945) fue disuelto el Ejército alemán. Este hecho tuvo también consecuencias para los oficiales españoles, ya que como integrados en el ejército alemán se les obligó también a trabajar. Como se negaron, fueron trasladados por ello a un campo de la región de Kiev (Ucrania). También como consecuencia de Postdam, aprovechando que los dirigentes nacionalsocialistas iban a ser juzgados como “criminales de guerra”, se utilizó aquello como excusa para juzgar a los soldados españoles bajo el mismo cargo, a la vez que se les amenazaba con la pronta caída del régimen de Franco y la subida al poder de los comunistas en España. Dada la manifiesta rebeldía, resultado del malestar de los españoles, algunos fueron dispersados por distintos campos. Sin embargo, pese al mal cariz que estaban tomando las cosas, paradójicamente poco después a los prisioneros se les dio el aviso de que iban a ser repatriados, lo que les llenó de nuevo de esperanza, pues hacía ya tiempo que albergaban la idea de que acabada la guerra se cumpliera la Convención de Ginebra⁴⁵.

“Mediado el año 1947, comenzaron a circular noticias favorables a la situación de los prisioneros de la División Azul en Rusia, motivados sin duda, por alguna de esas maquiavélicas maniobras del Kremlin, cuya diplomacia tantas veces ha engañado y seguirá engañando, a la del mundo. No sabíamos a qué podía obedecer, ni a qué ocultos manejos era debido, como ya dije, pero es lo cierto que empezó a echarse a volar, con gran contento para nosotros, que pronto seríamos repatriados a España. Conociendo como conocíamos el verdadero espíritu demoníaco que animaba la política staliniana, todos nos preguntábamos ‘¿A cambio de que se ofrecerá nuestra liberación?’. Pero como al final y a la postre lo que nos interesaba era salir del paraíso moscovita, la noticia nos alegró sobremanera, abriendo nuestro ánimo a la esperanza”.

45 Según Poquet fue a mediados de 1948 gracias a las gestiones realizadas por el Gobierno derechista francés de Oriol que se hicieron las primeras gestiones en la embajada española en Berna, capital de Suiza para conseguir la repatriación de los españoles. Antes, en el año 1947, el Embajador de España en el Vaticano solicitó al Papa que intercediera para conseguir la liberación de los prisioneros españoles. Sin embargo en estos casos el gobierno ruso negó la existencia de españoles retenidos contra su voluntad, impidiendo de raíz así a cualquier posibilidad de liberación.

La alegría no fue compartida por todos los españoles, pues a algunos de los “antifascistas” también se les dijo que irían a España aunque estos obligados por los soviéticos pese a que habían huido de España después de la guerra civil y maltratado a los prisioneros españoles e incluso asesinado a algunos de sus compatriotas. Stalin, indiferente ante la suerte de aquellos “camaradas comunistas”, dio la orden de que, como el resto de trabajadores, fuesen enviados también a España. Ante la expectativa de regresar a España y enfrentarse a los tribunales españoles, hubo alguno que intentó suicidarse⁴⁶.

La situación de los prisioneros dependía en gran manera de la actitud de los *nachalnik* (directores) de los campos y de los “antifascistas”. Incluso hubo casos en que alguno de los antifascistas relajó su presión sobre los prisioneros y mejoró su actitud dependiendo del carácter del jefe del campo. Por ejemplo, en Cherepovets mejoró la situación cuando el mayor Tschimoschenko (jefe militar del campo) fue ascendido a Teniente Coronel y sustituido por el mayor Morosinov. Éste era un militar de carrera y persona de honor que confió en los divisionarios españoles en cuanto los conoció, salvándolos de los injustos castigos de Grasili (jefe político del campo) al que incluso alguna vez paró los pies. Esto hizo que el “antifascista” Félix Carnicero, responsable de la barraca de los españoles, moderase su actitud e incluso hablase con los prisioneros españoles. Finalmente, en marzo del 48 se cerró el campo de Cherepovets, que se convirtió en una fábrica metalúrgica y de aluminio. Parece ser que el aviso de regresar a España fue a mediados de agosto de 1948 y pareció cobrar cuerpo cuando los prisioneros fueron trasladados en un tren escoltados por soldados armados sólo con pistolas y ya no con las típicas armas largas: “Efectivamente, salimos una expedición para Odesa. De allí -nos decían los rusos- saldréis para España: en aquel Puerto os está esperando un barco de la Cruz Roja Francesa. Y, la expedición, contenta y confiada, salió hacia Moscou en un tren del Partido, bien presentado y cómodo, ¡hasta con radio!”.

Al parecer, distintos grupos de prisioneros españoles fueron conducidos a Moscú si bien cada grupo vivió de manera diferente aquella visita a la capital rusa. El divisionario Joaquín Poquet, según sus memorias, estuvo en agosto del 48 y no salió de la estación de Moscú por indicación de sus guardianes ya que no tenían documentación, mientras que José pudo visitar libremente la ciudad.

“En Moscou estuvimos doce días, libres, sin guardianes o al menos eso nos parecía a nosotros; cada uno fuimos por donde quisimos y nadie se metió con nosotros, molestán-

⁴⁶ Cuenta Poquet que por ello, Eliseo Pérez, uno de los tres antifascistas que estaba con los españoles en el campo de Boworoski intentó suicidarse con una sobredosis de aspirinas pero no lo consiguió, y luego, por segunda vez, cortándose las venas de los brazos con un bisturí en la enfermería. Tras fracasar de nuevo, quedó estrechamente vigilado.

donos lo más mínimo. Yo, lo corrí todo él, admirando la suntuosidad de sus edificios, plazas y monumentos. Moscou, como todos saben, es la capital -la antigua capital- del imperio ruso y actualmente, del gobierno de su nombre. Verdaderamente, Moscou es grandioso, con sus edificios Philipoff, Museo Nuevo Histórico, Catedral de la Asunción, Gran Teatro, Palacio Imperial de Kremlim, Casas Consistoriales, Plaza Roja, Catedral de San Basilio, etc, etc... ¡Que rudo contraste ofrecía su riqueza suntuaria, con la Rusia que yo había visto hasta entonces, de desoladas estepas!. Moscou es una ciudad inmensa por sus bellezas, exponente de grandeza histórica”.

La alegría provocada por la esperanza en el regreso acabó en una enorme decepción pues...

“Pasados los doce días de libertad, reemprendimos el viaje hacia el Puerto de Odesa en los mismos vagones cómodos que nos trajeron a Moscou, contentos y felices por creernos ya de camino de la amada Patria: pero... fuimos engañados miserablemente. Por lo visto debieron torcerse las cosas políticas. A las dos de la madrugada, llegamos a Odesa, y tres horas después comenzó a sonar el gon; saltamos rápidos de las literas creyendo que íbamos a embarcar, más, ¡Oh, desengaño! Para lo que nos llamaban era para salir enseguida al trabajo. Ante tan cínico engaño, protestamos todos airados, originándose un regular motín, del que mi sangre viva me hizo ser cabeza. Y eso quiso ver el Sargento Pulgar; ordenó que me echaran mano y maniataada tuve que comparecer ante un Tribunal, abusado por él y por algún otro renegado”.

Otros prisioneros fueron trasladados a otros destinos, siendo los españoles nuevamente dispersos⁴⁷. Finalmente el asunto tendría graves consecuencias para el protagonista de este relato pues:

“Del tribunal de facinerosos, pasé a la cárcel, siendo el primer español que visitó aquella checa en la que fui cruel-

⁴⁷ Poquet fue conducido con los otros españoles de su expedición hacia los Urales en el conocido Transiberiano con destino al campo de Karaganda.

mente martirizado, y sin más comida que 250 gramos de pan negro y un vaso de agua. Pasé un año. ¡Que largo se hace un año encerrado entre cuatro paredes, viendo acercarse la muerte de un momento a otro! Transcurrido el año. Fui sacado de la cárcel y conducido con otros prisioneros desgraciados a Siberia”.

El viaje fue inhumano, en un vagón “stolipiano” de transporte de presos:

“El tren que nos llevó a Siberia estaba compuesto por vagones pésimos, peor acondicionados de los que se emplean para transportar ganado; sucios, mal olientes, de maderas ensambladas, sin asientos, cerrados en la parte superior con fuertes rejas de hierro y, en los cuatro ángulos o rincones, vertederos para las inmundicias. Por las rejas y grietas de la madera, un frío intenso penetraba implacable. De suministro nos dieron el consabido amasijo negro, que llamaban pan, y unos pescados salados de cabeza muy gorda, que no había ser humano que pudiese comerlos. ¡Ah!, pero el hambre nos obligó a devorarlos, sin dejar más que las repugnantes cabezotas chatas y de ojos saltones, que arrojamos a los respiradores”.

José en realidad fue conducido a Jarkov, en Ucrania, no a Siberia (quizás Huer-tas no sabía dónde estaba Jarkov), donde se encontraban numerosos presos comunes pues de hecho, al inaugurarse dicho campo en octubre de 1949, sus presos eran todos acusados de bandolerismo, asesinato, destrucciones y robos. El campo había sido diseñado para albergar a 6.000 personas que trabajarían en la construcción de carreteras⁴⁸. “En Jarcos (Jarkov), fue nuestra primera parada. Hasta el horizonte, una inmensidad toda nevada, y temperatura tan baja que debía llegar a los -45°. A los doce españoles nos metieron en una barraca grande de madera, cercada por alambre de espino”.

La relación de los españoles con los presos no fue fácil desde el primer momento, por lo que fue necesario demostrarles que no se iban a dejar avasallar, tras lo que la relación pasó a ser muy amistosa:

“Aquella barraca se encontraba a nuestra llegada, ocupada ya por una cuadrilla de veinticinco forzados rusos, en

⁴⁸ Cuando el campo fue cerrado en abril de 1953 los presos habían construido las carreteras Jarkov-Sinferropol, Jarkov-Novomoskoskoie-Kiev y la carretera de Kiev-Jarkov-Rostov-na-donú.

su mayoría blancois⁴⁹, que por este nombre son conocidos los bandidos rebeldes al soviét, porque cuando están libres, operan por su cuenta, bien armados y en cuadrilla, asaltando tiendas, almacenes de Intendencia, y, en fin, desvalijando a todo bicho viviente. Los blancois son, a más, los dueños del Ruinoff (Mercado negro). Aquella buena gente, nos recibió gruñendo, lanzándonos torvas y siniestras miradas. Actitud hostil que presagiaba tormenta, lo que no se hizo esperar. Los guardianes del campo, entraron un gran barreño con agua caliente, para que los españoles pudiésemos beber -la sed nos abrasaba, producida sin duda por la salmuera de los pescados cabezotas- y cuando el primero de nosotros apellidado Gil, se aproximó al recipiente, uno de los bandidos lo apartó del barreño, tirándolo de un empujón al suelo. Ante tan insólita agresión, los españoles restantes hicimos causa común con el agredido, armándose una batalla campal, en la que el barreño de agua nos sirvió de arma defensiva y contundente. A los diez minutos había terminado el zafarrancho, con varios descalabrados. Y, lo que son las reacciones humanas, los blancois, al verse dominados por nuestro brío, terminaron haciéndose amigos, dándonos la comida de la que ellos tenían crecida provisión, producto de sus rapiñas de bandolerismo. He dicho antes que los blancois, son rusos rebeldes al Estado, cuando he debido decir rebeldes a todo, sin más ley que sus deseos y voluntad de saqueo -internacionales de nuestra guerra- ellos nos pusieron al corriente de su organización, contándonos sus excelentes y pingües beneficios que obtenían con sus latrocinios. Tan desesperados estábamos los españoles, que a punto estuvimos de unirnos a ellos; de haber podido escapar de la barraca, como comenzamos a proyectar”.

Sin embargo, nuevamente recibieron la orden de ser trasladados porque según les dijeron iban a ser repatriados. En realidad, aquello era una estratagema para poder trasladar a los españoles más fácilmente de campo: “Pero otra vez, y sin saber porqué -después supe obedecía a manejo de mi afectiva Brigadiera, que no había perdido mi rastro- llegó un Comisario ruso, disponiendo que nos preparamos los españoles, porque se habían recibido ordenes de conducirnos por segunda vez a Odesa”.

49 Quizás la palabra correcta fuera “Boraviets”, o sea, ladrones.

Mientras tanto en España, en julio de 1949, José Ruano pasaba de ser considerado “desaparecido en combate” a “muerto en campaña” o “fallecido en acción de guerra (...) a consecuencia de heridas producidas por el enemigo”⁵⁰. Con este reconocimiento su familia pudo solicitar la pensión que les correspondiera.

Desde Jarkov José Ruano marchó a Odessa, en la costa del mar Negro, en la península de Crimea (Ucrania, hoy territorio arrebatado por los rusos), el viaje fue como otros anteriores, un suplicio:

“En el mismo vagón que nos trajo a Jarcos, nos metieron para reexpedirnos a Odesa; treinta y seis horas de viaje como corderos en redil o como puercos en cochinería, respirando una atmósfera fétida y mareados por el constante y violento traqueteo del convoy. No nos dieron alimentos, y aunque protestamos de ello, con la protesta nos quedamos; sólo comimos las cabezotas de los pescados salados que habíamos arrojado a los respiraderos del vagón en nuestro viaje de ida, las que aun se encontraban allí, bien putrefactas. Aquel viaje fue tremendo; si dura unas horas más la travesía, nos hubiesen sacado de aquella porqueriza, cadáveres. Por el suelo corría un manantial de bilis de nuestros estómagos. Al morrocotudo escándalo que los españoles armamos por falta de alimentos, el junker (sargento) encargado de la expedición, sólo decía: ‘Bulle, bulle’ (ya se os dará); pero el suministro no llegaba y la protesta arreció. ¡Había que oír los gritos y los golpes que dábamos sobre las viejas maderas del vagón, mientras arrojábamos, entre espasmos, las heces del estómago!. Más de la mitad de los prisioneros, acabamos tirados por el suelo, pálidos, desencajados, arrojando las entrañas por la boca, entre espantosos dolores. Uno de los camaradas, murió en un rincón entre inmundicias. Y, así, a las diez de la noche del tercer día del horripilante viaje, llegamos a Odesa”.

Nuevamente las ilusiones de los españoles se convirtieron en frustración en el puerto de Odessa:

“Nuestra ilusión al descender del tren nos hacía ver el puerto de la gran ciudad, los barcos en la dársena y sobre

⁵⁰ “sin que mediara imprudencia, negligencia ni menoscabo del honor militar”. La familia Ruano recibió el certificado de defunción correspondiente.

todo el vapor francés, que según nos aseguraron, había de conducirnos a España. Pero, si, si... todo puro espejismo de nuestra ansiedad y anhelo. Sin tener en cuenta nuestro mal estado, se nos metió en un calabozo oscuro y mal oliente. A pesar de nuestras escasas fuerzas, seguimos escandalizando, dando golpes en la puerta de la mazmorra, hasta que un moscú (soldado) escandalizando, y con otros guardianes, acudieron a intimidarnos con fusiles, si no callábamos. No hicimos caso de las amenazas dispuestos a que nos matasen -¡para que vivir más! y ante nuestra actitud resuelta, acabaron facilitándonos unos calderos de borchich (sopa de nabos con coles)⁵¹. Acostado sobre un petate, no pude dormir pensando en la Patria lejana, en mis padres, familia y amigos; la ilusión me hacía ver la silueta airosa del Castillo de mi pueblo natal, el campanario de su Iglesia, la Torre de la Plaza.... hasta que clareando el día pude vislumbrar entre nieblas, las montañas de la costa? Sería esta vez verdad que nos volvían a España?. Más no; si nos sacaron, pero para ir al trabajo, custodiados por plastunys (tiradores) y perros lobos...”.

Sin embargo nuestro protagonista tuvo suerte otra vez:

“... y cual no sería mi asombro cuando se me acercó la Brigadiera, haciéndome salir de las filas de los forzados. ¡Era Nichka! La misma que en otras ocasiones mostró por mí, interés y predilección. Estaba allí encargada de los trabajos y me alegró mucho verla, pues sabía que ella me trataría bien por amor. Y así fue; Nichka me facilitó alimentos y ropa, un arkahck⁵², una especie de túnica del Cáucaso que me daba un aspecto muy respetable (:?). Con la Brigadiera viví unos cuantos meses a cuerpo de rey, sin faltarme de nada, bebiendo sbitenc y hasta paseando algunas veces en drocki⁵³ (trineo). Fueron unos meses inolvidables, en que la pasión enfermiza de Nichka, condimentada con buenos alimentos junto al samovar⁵⁴ siempre lleno de té, borraron de mi cuerpo las huellas del hambre y del sufrimiento.

51 “Borsch” es una sopa de remolachas rojas con coles, patatas y otras verduras.

52 En realidad “arkash”.

53 En realidad “troika”.

54 En realidad “samavar”, un calentador de agua para té.

Nuestros amores se hicieron populares entre los prisioneros del campo de trabajo de Odesa, hasta el punto que todos conocían a la Brigadiera Nichka, por el remoquete de ‘La Ruana’”.

La estancia de José Ruano en Odesa fue mucho mejor de lo que hubiera imaginado gracias también a un hecho fortuito:

“Y también tuve dinero; éste, vino a mí, de la forma original que voy a relatar: Un prisionero -creo que era madrileño- que después murió, creyendo que yo podría aliviarle en el trabajo por medio de ‘La Ruana’, me abordó un día en este sentido, y como yo prometiera interceder por él, se animó su rostro y diciéndome con un gesto que esperase; se alejó colocándose tras de un árbol; se bajó los pantalones y haciendo un esfuerzo como para cumplir una necesidad fisiológica, recogió con su mano un estuche, que limpió en la hierba de las materias fecales. Volvió a mí y, destornillando un tubo, sacó del interior un manojo de billetes; cogió varios de cien rublos y me alargó diciendo: ‘Para camaradas, como tu, tengo yo este dinero’. Dicho esto, cerró el tubo de aluminio y ya delante de mí, lo volvió a introducir en sus entrañas. Ni yo le pregunté como tenía tanto dinero, ni él me lo dijo. ¡En la guerra, como en la guerra!”.

Sin embargo, todo lo bueno se acaba...

“Cuando menos lo esperaba, la Brigadiera tutelar desapareció del campo de trabajo; a mí me dijo que había sido llamada a Moscóu y que la esperase. ¡Ay! Salió, pero no volvió y yo me vi otra vez sometido a un régimen de trabajo extenuante, del que durante unos meses me había librado ella. El junker (sargento), rencoroso y cruel, sabiéndome ya sin la protección de Nichka, se fue ensañando conmigo de forma brutal. ¡Cuantos misterios y cuantas amargas esconden algunas almas humanas! Mikhain Ivanitch –así se llamaba aquel abominable Sargento, cebó en mí su despecho de haber sido depreciado por Nichka, tras la que anduvo algún tiempo, ordenando que fuera atado desnudo a un árbol, y golpeado por uno de sus esbirros,

hasta que perdí el sentido. Mikhain fue el culpable de que me volvieran a Siberia, con una expedición, de doce españoles más, acompañados de rusos y rusas castigados a trabajos forzados, casi todos por manifiesta aversión a la tiranía soviética”.

El viaje de regreso a Siberia tampoco fue, como era habitual, un camino de rosas:

“En procesión desolada y dolorosa, atravesamos las calles de Odesa, marchando entre moskús⁵⁵ armados de metralletas; el cuadro daba miedo. Con nosotros iban mujeres, algunas ya viejas, cargadas las pobres con petates cuyo peso les impedía andar con ligereza, por lo que se quedaban atrás, recibiendo de los soldados, latigazos, cuando no les azuzaban los perros lobos, que les arrancaban a dentelladas, pedazos de las faldas. Lo mismo hacían con los demás prisioneros que nos quedábamos rezagados. Aquel espectáculo hubiese arrancado lágrimas del más duro corazón, no siendo comunista. Las gentes que tropezábamos por las calles del tránsito, nos insultaban cobardes. Uno de los Junker, alto, de grandes bigotes y barba negra, me dio una bofetada por coger una colilla del suelo. Salíamos, pues, de Odesa como quién pasa por baquetas, pero al fin nos vimos libres de los apóstrofes y golpes de aquellos ciudadanos, exentos de piedad. El aire era puro y el cielo limpio, llenando el alma de ansias de vivir. ¡Oh, la libertad! ¡Cuán poco apreciada eres de quienes te disfrutan!

Después de cruzar por un bakcion (baluarte), llegamos a la estación del ferrocarril; nos aposentaron en vagones de rejas, especie de jaulas custodiados por guardianes, que nos miraban recelosos. Yo voy en la jaula número 2, donde entramos 50 hombres. Tiene cuatro metros de ancha por ocho de larga; en medio hay una pipa de agua sucia y fétida para beber. Tres compañeros están muy enfermos; uno grave de fiebres, los otros dos, magullados a consecuencia de los latigazos recibidos. A las doce de la noche, el cuadro es mucho más horrible; no se puede respirar. Abrosnof, el hombre de las fiebres, ha muerto en un rincón entre inmundicias y la mitad de los prisioneros están tirados por el suelo, con espasmos de dolor. Yo soy de los pocos que están bien; toda mi desgracia se

⁵⁵ Probablemente fuese un apodo o manera de referirse a los guardianes por parte de los presos.

reduce a que mi saco, que quedó en el suelo, me lo pusieron perdido con bilis de diferentes colores, lo que me obligó a tirar parte de su contenido, por las rejas del vagón.

A la segunda noche del fatídico viaje, presencié un crimen. Entre varios camaradas, cuando se encontraba durmiendo un ruso llamado Miteschin, le apuñalaron valiéndose de limas afiladas. Los asesinos, eran también rusos blo-nois. A los gritos, entraron en la jaula guardias con los revólveres en alto, y poco después, tiraron el cadáver a la vía. Los soldados se limitaron a poner orden entre nosotros, sin preguntar nada, ni averiguar nada. ¿Para qué? ¿Qué haya un cadáver más qué importa al mundo?. La parte del piso del vagón en que quedó durmiendo para siempre Miteschin, tenía cinco cortes con bordes rojos de sangre. Como se ve, el viaje fue un encanto.

A los treinta y siete días, después de haber muerto de fiebres en la jaula otro camarada, -que se volvió antes loco por la enorme calentura que le devoraba- llegamos a Caravas, en plena región siberiana”.

José, al llegar por primera vez a aquella nueva región, reflexionaba sobre la dureza del paisaje de Siberia y su uso históricamente como enorme cárcel:

“La Siberia abarca muy cerca de 12.500.000 kilómetros cuadrados; es una inmensa región que comprende todo el Norte de Asia, desde los montes Urales hasta el Estrecho de Behring, y que la corta en dos partes, el río Yenencí. La una, es tan horizontal que semeja un vasto mar solidificado; toda ella es hielo. La otra presenta arrugas montañosas y tiene grandes bosques. En esta parte de Siberia, la temperatura media invernal, sobrepasa los -35°; en la de los hielos, llega a los -51°. A ambas Siberias, fueron confinados de siempre, antes por los Zares y ahora por los tiranos soviéticos afines al dictador rojo, cuantos seres humanos estorban a sus maquinaciones y apetencias de dominio, para que acaben sus días en extenuantes trabajos, entre frío horrible y privaciones sin cuento. ¡Cuántos crímenes se habrán cometido en estas inmensidades olvidadas de Dios! Los campos de trabajo en la Siberia están encomendados y custodiados por hombres-fieras, que celebran con regocijo la llegada a sus dominios, de carne fresca, para explotarla, oprimirla, violarla, y matarla. Raro será el condenado a Siberia, que no encuentre en ella, helada tumba. Escapar de allí, es casi imposible ¿a dónde iría uno?, pero por si acaso alguno se aventurase a la evasión, los funcionarios de Stalin abonan cien rublos a los que presenten un evadido.

¡Y pobre del que lo intenta y no se entrega, por que los que se dedican a la caza del hombre, cobran igual por penado muerto que vivo!”.

José fue destinado al Campo de Caravás, de pésimas condiciones y donde sucedieron nuevas violaciones que sirven para conocer algunos aspectos de la vida sexual en los campos de trabajo que son inéditos en la bibliografía divisionaria:

“Caravás, está en la región de los bosques y su campo de trabajo se hallaba formado por barracones de madera, tan pésimos, que bien pudiéramos llamarlos cuevas. Nuestro trabajo consistía en la corta de grandes árboles, faena agotadora realizada a la vista de esbirros despiadados, y con un alimento repugnante de sopa, carne de caballo y pan negro. A las cinco de la mañana, de noche aún, nos entregaban a cada prisionero un trozo de pan y un hacha, conduciéndonos al bosque en busca del tajo. Al rayar el alba, los golpes intermitentes de cientos de hachas y el ruido característico de la caída de los árboles tronchados, eran la sinfonía fatídica con que se recibía al nuevo día. Los guardianes, bien armados, se encargaban de vigilarnos y comprobar los trabajos; cualquier desaliento era castigado con doble tarea. A las doce regresábamos, cubiertos de sudor y rendidos de cansancio. Después de comer, nos permitían estar dos horas tumbados en las chozas, y a las tres, volvíamos al bosque a continuar el trabajo; al regreso, tornábamos a comer el mismo plato del medio día y la misma ración, y nos pasaban lista a los prisioneros”.

Sobre lo que se refiere a las relaciones sexuales en el Campo -aspecto este casi tocado de refilón en la bibliografía sobre los prisioneros españoles- había relaciones homosexuales y heterosexuales pero en cualquier caso eran normalmente relaciones forzadas por el interés y la necesidad, pero los españoles nunca -precisaba José- mantuvieron relaciones homosexuales. José Ruano me confesó que estando trabajando en un secadero de madera mantenía relaciones con mujeres rusas cobrando por ello. Esa era una de las maneras por la que algunos, no todos los prisioneros, obtenían algún dinero. El que las mujeres fuesen las que pagasen, cosa poco habitual en el género femenino, tenía también su explicación lógica, como luego desvelaré. Independientemente de las relaciones pagadas, los españoles podían entablar relaciones con alguna mujer rusa con la que podían convivir. Ya he explicado el caso de José Ruano con la brigadiera

Mishka con quien además tuvo dos hijos así, hijos reconocidos a su regreso a España y conocidos por la familia que formó aquí. No fue en todo caso el único conocido. A la historiografía le consta que otro prisionero, el marino republicano Pedro Armesto Saco, tuvo también otro hijo, si bien estos casos fueron más bien excepcionales, nunca la norma del comportamiento de los soldados españoles⁵⁶.

Por lo que se refiere a las relaciones homosexuales, José Ruano le relató a Huertas pocas cosas sobre esta cuestión, pero dejó muy clara la posición de los españoles y la brutalidad de las mujeres en el campo de concentración:

“Durante las horas de la noche, yo dormía un sueño sobresaltado, nervioso; siempre esperando algo desagradable, porque allí las maldades eran refinadas, las inmoralidades no tenían fin y los crímenes, eran horriblos. La pasión, mejor dicho el vicio, que predominaba, era el amor, y digo amor, porque existían celos y estos arrastraban al crimen con harta frecuencia. El campo de trabajo estaba dividido en dos; en una parte los barracones de las mujeres, que se hallaban cumpliendo penas, y en la otra, los destinados a los hombres. Allí, los hombres huían de las mujeres, aterrorizados por la lascivia insaciable que las dominaban, dedicándose bastantes, a practicar sus apetencias carnales entre machos (homosexualidad). Este vicio se veía muy generalizado porque venía de arriba; los guardianes eran los primeros en escoger entre los que llegaban. En honor de la verdad, tengo que hacer constar que entre estas parejas no había españoles, a los que nos repugnaba tan maldita degeneración. Yo vi en el bosque, desafiarse a dos rusos mandones, enloquecidos por la pasión de un miserable”.

De Caravás, José pasó al campo de Magadán, en el extremo oriental de Asia, en el Pacífico, donde las violaciones y abusos fueron todavía mayores. La ciudad de Magadán había sido fundada por Stalin en 1933 al descubrirse oro, por lo que envió prisioneros para extraerlo en régimen de literal esclavitud. El campo de prisioneros había sido abierto en febrero de 1951 y fue el centro administrativo del inmenso complejo de campos de concentración de Siberia y paso obligado de los prisioneros a otros campos⁵⁷. En toda su existencia pasaron por allí unos 65 millones de personas, normalmente prisioneros políticos y religiosos

⁵⁶ La noticia salió publicada en *La voz de Galicia* de 21 de agosto de 2011.

⁵⁷ El campo fue cerrado en junio de 1956.

de los cuales murieron miles. Fue el verdadero Auschwitz de la URSS, donde los presos eran empleados en cortar árboles, hacer carreteras por el bosque y en la fabricación de ladrillos. Hoy la carretera que une Magadán con Yakutsk es llamada por los habitantes de la zona “el camino de los huesos”, pues fueron decenas de miles los muertos que costó su construcción y que allí dejaron literalmente sus huesos. Según José

“Solo pasé veinticinco días en Caravás, pues transcurridos estos, a cada español, nos mandaron a sitio distinto; a mí me tocó Magadán, donde fui conducido en compañía de cien rusos. Pero lo que me pasó en Magadán, bien merece capítulo aparte (...) Por no hacer prolijo este relato, omitiré detalles de los trabajos y penalidades a que fui sometido durante mi estancia en el campo de Magadán; pero, puede suplirlos el lector con lo que leído lleva de mi permanencia en Caravás, todo ello corregido y aumentado. Nuestra expedición llegó a Magadán, a las diez de la noche, con un frío de -45° , el campo estaba metido en un bosque, y sus guardianes, que estaban esperando, nos metieron seguidamente en una barraca pequeña”.

En este campo había también mujeres presas que, como en los anteriores, abusaban de los hombres por la razón que José Ruano explicó en el siguiente párrafo de sus memorias:

“En otras barracas de este mismo campo, cumplían condena unas novecientas mujeres rusas, y no voy a relatar, por honestidad lo que me acaeció allí, cuyos pasajes de horrores obscenos, trato de condensar en el título del presente capítulo. El estado soviético, para llevar a feliz término sus apetencias de dominio universal, necesita de guerras y para ellas, precisa de mucho material humano; hombres, muchos hombres, aluviones de carne. En una palabra: ‘El rulo ruso’. Consecuente con ello, el Kremlin tiene dadas disposiciones rebajando la pena, o poniendo en libertad, según los casos, a las reclusas que durante su prisión, llegan a ser madres. Las mujeres recluidas en las barracas del campo de trabajo, estaban, en virtud de tales disposiciones gubernativas, verdaderamente locas por atrapar a los hombres. Por entre los barracones de mujeres y de los hombres, los soldados hacían guardia y vigilaban durante el día; pero

llegada la noche, desaparecían, para que las mujeres libremente pudiesen asaltar las barracas de los varones, y aquello se convertía en un aquelarre repugnante y execrable de bajo prostíbulo”.

Estas violaciones fueron sufridas por José Ruano también en sus propias carnes:

“Una noche, nuestra barraca estaba en silencio; todos dormían por la fatiga del abrumador trabajo del día, completamente rendidos. Yo, me había levantado del camastro y me encontraba junto a la estufa, tratando de entrar en reacción, pues no podía dormir por el mucho frío que sentía. De pronto, vi pasar por delante de mí a dos mujeres; al poco rato, cinco; enseguida otras tantas más y luego otras... hasta que se llenó de ellas el barracón. El espectáculo que contemplé después me horrorizó. Evoque el lector en su imaginación las escenas más repugnantes, obscenas y groseras, y no podrá llegar ni en mucho, a cuanto allí pasó. Las reclusas, poseídas del demonio de la lujuria, arrancaban a los hombres de los camastros y, una tras otra, obligábanles a realizar con ellas continuos ayuntamientos carnales, hasta la extenuación. Las más vigorosas, reñían batalla con las otras, hasta conseguir arrebatables su presa, entre las más monstruosas aberraciones. Yo pude librarme de aquel martirio, trepando por el caño de la estufa hasta la techumbre del barracón, desde lo alto, sin ser visto por aquellas arpías, contemplé horrorizado aquella visión pornográfica, propia tan solo de Sodoma y Gomorra. Los hombres no iban nunca a las barracas de las mujeres, porque una vez que se aventuró a ir uno, le cogieron entre todas, realizando con el pobre tan sinnúmero de abusos, que a las dos horas, entregó su vida reventado. Yo soy fumador empedernido, dominándome este pequeño vicio de tal forma, que el no tener tabaco constituye para mí un verdadero suplicio. Sin un mal cigarrillo me hallaba un día, y como quiera de que de uno de los barracones de mujeres, sacaban una brigada de ellas a cortar leña al bosque, para el servicio de cocina, me encaminé a él, esperando encontrar en los petates algo de tabaco. Las barracas de prisioneros, con el fin de evitar en algo el frío, tenían una doble puerta de entrada. Abrí la primera y miré alrededor; no había

nadie. Empujé la otra y un fuerte olor a emanaciones de pocilga recibí en el rostro como una bofetada asfixiante; no pude retroceder porque, en aquel lugar que yo creí vacío, aun quedaban mujeres, y dos de ellas, que fueron las primeras en verme, me cogieron violentamente, arrastrándome dentro del barracón. ¡Qué cuadro, señor, qué cuadro! Unas aparecían casi en cueros; otras desnudas del todo, y todas a una, desvergonzadas, se precipitaron hacia mí. Asustado, les dije que había ido allí a ver si querían darme algún pitillo, porque estaba varios días sin fumar; entonces una de ellas me enseñó un paquete de cigarrillos, ofreciéndomelo. Fui hacia la que me ofrecía el tabaco, y aquello fue mi perdición; unas, como aguiluchos sobre carnaza, se echaron encima de mí, mientras otras cerraban la puerta, atrancándola por dentro. Me quise defender a puñetazos y a patadas, pero de nada valió; arrancándome a tiras la ropa, dejándome de ella, solo andrajos; tiraron de mí como leonas en celo, besándome furiosas, mordiéndome, magullándome, con arrebatos lúbricos, de forma que aterraba. De todas partes de mi cuerpo, hicieron cuanto les vino en gana, hasta que de aquellas furias pude librarme arrojándome al exterior por una ventana que se abría en el fondo de la barraca. Corrí despavorido, creyendo llevar detrás a las arpías, hasta que, medio desnudo y ensangrentado por los mordiscos, pude llegar al barracón de los hombres. Cuando entré tambaleándome, caí al suelo echo un guiñapo; me recogieron en aquel lamentable estado, conduciéndome al Ambulatorio. En él, permanecí varios días entre la vida y la muerte, abrasado por la alta fiebre. Escenas como estas, se repetían constantemente, hasta que nos vimos obligados a clavar, todas las noches, las puertas del barracón, y aun así, una vez las arrancaron, haciéndonos pasar a los hombres indescriptibles martirios. Muchos de los prisioneros enfermaron y algunos murieron”.

Cuando leí por primera vez este relato me pareció exagerado y he de reconocer que no lo creí. Lo hablé con José Ruano y me dijo que todo lo que estaba escrito era cierto pero siempre me pareció un tanto exagerado. La idea de que las mujeres violasen a los hombres me pareció increíble, pero después de investigar sobre dichos campos he podido comprobar cómo la política pro natalista staliniana descrita en el relato por José Ruano y la situación de las mujeres lo

explicaría todo. Magadán era uno de los peores agujeros donde podía acabarse en la Unión Soviética. Según investigaciones muy recientes hubo 6.686 mujeres presas en los años en que estuvo el campo abierto, como ya he dicho entre 1951 y 1956. De esas mujeres 1.596 fueron condenadas a cadena perpetua, o lo que es lo mismo, hasta morir de hambre, de frío o de una paliza. Ninguna sabía si duraría mucho en esas condiciones y, por lo tanto, el quedarse embarazadas era para esas mujeres la única posibilidad de que se les rebajase la pena y quizás así consiguiesen salvar la vida con un poco de suerte. Esta parte del texto redactado por Huertas aparece en el texto original tachado en rojo, censurado para la que iba a ser próxima publicación por el Ayuntamiento de Almansa. Evidentemente en la España de los años cincuenta esta parte de la historia de los prisioneros era inconfesable, pero fue una parte más de los malos tratos que se recibieron. Así me los contó José Ruano y así fueron.

Finalmente nuestro protagonista fue trasladado desde Magadán hacia otro campo, en realidad más una prisión sin ningún tipo de control donde se cometían todo tipo de crímenes:

“Transcurrieron así dos meses, que a mí me parecieron una eternidad, y al fin nos sacaron a doce hombres de los pocos que quedábamos, en una expedición a otro campo de paso, que se encontraba a unos centenares de kilómetros de Magadán. Cuando llegamos a él y vi la clase de gente que había, me espanté; era todo el desecho de las cárceles de Rusia. Allí se encontraban de todas las razas; gente que mandaban a los desiertos para que fuesen muriendo de hambre, o se matasen entre sí. Los había ‘políticos’ y bandidos, los que se agrupaban en bandos para reñir, exterminándose poco a poco. Todas las mañanas aparecían hombres asesinados, sin que los guardianes hiciesen nada para evitarlo; aquello era una carnicería consentida”.

De ese campo pasó de nuevo al de Magadán: “Al poco tiempo, nos llevaron a 1.500 presos con rumbo a Magadán. Marchamos cinco días con nieve hasta la cintura, llevando tiendas de campaña auestas, y sin dormir casi. Dormir lo hacíamos sobre la nieve, no teniendo otro abrigo que la ropa puesta, bajo un frío de -40 a -50 grados”. Una vez llegados a su destino

“Comenzamos a trabajar en la explanación y firme de una carretera que iba a Magadán; el trabajo era muy duro, no dándonos de comer más que 150 gramos de pan y un cazo de agua sucia con pedazos de nabo. Los ‘bolnas’ o guar-

dianes, siempre iban con un palo en la mano, y con carta blanca; todos los días mataban a golpes a algún infeliz, que después enterraban en la nieve. El trabajo rudísimo, las privaciones, las luchas crueles entre penados y las bestialidades sádicas de los guardianes, dejaron en mi espíritu, huellas profundas de pesar y melancolía. Así transcurrieron los días, llenos de inquietud y de incertidumbre, dudando de todos y amargado de todo. Dormíamos en las tiendas de campaña, levantadas con cuatro palos y lonas viejas plagadas de desgarrones. Para los accidentes de trabajo no existía allí ni una mala venda. Cuando de noche me acostaba en el mísero petate, a la tenue luz de un farol de petróleo pendiente de uno de los palos, miraba a los lados y ¿qué veía, Dios mío?. En un rincón, sobre una manta, un grupo se juega sus dineros; en otro rincón, unos cuerpos vibran nerviosos, con los chasquidos de sus músculos de acero, bajo la pasión brutal de la carne (esta última frase tachada en el original, o sea censurada para su publicación) y más allá, otro se reparte los escasos rublos robados a algún compañero.... y yo beso un Escapulario de la Virgen, mientras a los ojos se me agolpan las lágrimas pensando en los míos de corazón, mientras la luna deja pasar sus rayos de plata por entre los agujeros de la lona, para morir en este cuadro de horror y de crímenes. Bajo trato inhumano y bestial, fuimos pasando de ‘Presilca’ (prisión) en ‘Presilca’, hasta que se terminó de construir la carretera. Cuando a ésta dimos fin, de los 1.500 hombres, no quedábamos más que 57. A los enfermos, los remataron con ‘automáticas’”.

Después de finalizada esa obra, “en Magadán, nos internaron en un campo de reposo, al que llegaban alimentos, en paquetes alemanes, por avión...”. Nuevamente la brigadiera Mitchka apareció para aliviar los sufrimientos de nuestro protagonista:

“Y, así sigo -once años ya- (sic)⁵⁸ acorralado como un lobo, injuriado constantemente por la plebe policiaca, bestiali-

58 En realidad esto debió suceder cuando José llevaba nueve años preso, pues más adelante dice que estuvo un par de años más en la URSS. El problema es que el relato de Huertas adolece de una casi total inconcreción de fechas. Al principio de sus memorias Huertas escribió que José había estado trece años en la URSS aunque realmente fueron once, por lo que cuando aquí escribió que llevaba once años debieron de ser en realidad sólo nueve, los que sumados a los dos que estuvo después harían en total once.

zado por los 'blanois' y despreciándome a mí mismo. Si esto sigue mucho, acabaré como todos siendo una bestia. Otro paréntesis de relativo bienestar llegó a mí, gracias a una mujer; una rusa viciosa, pero a la que tengo que agradecer no haber muerto en las estepas inhóspitas y heladas moscovitas. Sí, gracias a Nitchka mi situación mejoró bastante, y no solo esto, sino que valiéndose de su influencia dentro del partido, logró sacarme del averno de Magadán. Nitchka, la brigadiera, por lo visto sintió la nostalgia pasional del españolito –así ella me llamaba- e hizo averiguaciones, de campo en campo, sobre mi paradero, hasta que por fin logró dar con mis pobres huesos. ¿Cuánto le durará ahora el capricho?”.

Pero esta vez la presencia de Mitchka no se explicaba sólo por el amor de la brigadiera por José, pues fue acompañando a una comisión que pretendió, después de iniciadas las negociaciones de repatriación de los prisioneros extranjeros en el GULAG, captarlos para que se quedasen voluntariamente en la URSS. La comisión militar y Mitchka intentaron persuadir a José de que se quedase, prometiéndole una vida llena de lujos y amenazándole si no aceptaba:

“Me consideraba ya en la última agonía, cuando llegó al campo una Comisión Militar, formada entre otros, por un Coronel, un Teniente Coronel y... Nitchka. Esta Comisión preguntó al Jefe del Campo y al 'lanchanik' (contratista de obras) si había extranjeros entre los prisioneros. El único español, era yo. Me mandaron llamar a la barraca en que se instalaron, y me presenté a la Comisión. Allí estaba la brigadiera. El Coronel me preguntó si estaba bien. Yo le miré de arriba abajo y no contesté. ¿Cómo aquel hombre, viendo mi aspecto demacrado y deplorable, se atrevía a interrogarme sobre mi salud? ¡Aquello era una burla!. Entonces Nitchka, dijo: Hemos venido representando al gobierno y muy especialmente en tu busca, 'cariño', para proponerte algo muy interesante para ti, y en tu obsequio haré cuanto pueda. Esperamos que aceptes – interrumpió el Coronel- lo que te vamos a ofrecer. Es casi seguro que el Gobierno de Moscóú dé órdenes disponiendo la vuelta de prisioneros a sus países respectivos; si tú te quieres quedar en Rusia, vivirás bien, tendrás buena casa y todo lo que pidas. ¡Hasta coche!. ¿Quedarme yo en Rusia? –Exclamé-

¡Ni aunque me diesen Vds. todo el Kremlin!. Se echaron a reír. Tú, piénsalo despacio y bien; Nitchka queda aquí, ella te atenderá; nosotros vamos a visitar otros Campos, pero volveremos a saber tu determinación. Si te decides a ser de los nuestros, firmarás un papel, y te repito que nada te faltará; sino... y la amenaza quedó en el aire, porque la brigadiera me cogió por un brazo y me sacó del barracón. Los Jefes de la Comisión se fueron y yo me quedé a merced de mi enamorada protectora”.

Desde ese momento Mitchka intentó convencerle por todos los medios de que se quedase con él en la URSS, mejorando inmediatamente su calidad de vida:

“Nitchka me facilitó ropas y alimentos; me relevó del trabajo duro y con ella viví, a su antojo, unos cuantos meses. No dejé, en esta intimidad, de insistirme en que me quedase en Rusia, presentando a mi vista un panorama de futura felicidad y grandeza. Como yo me di cuenta de que si la desengañaba se me terminaría el momio, la respondía siempre con ambigüedades, pero dejándole entrever la posibilidad de aceptar. Pasaron los días; me repuse físicamente con las atenciones de la brigadiera, hasta que en una ocasión que creyó propicia, me fue más explícita. Tenía que afiliarme al Partido y formar parte de su célula; con ello bastaría para que quedase libre y estupendamente considerado por los camaradas de Moscoú. Ni que decir tiene que yo le di esperanzas de que así lo haría y ella quedó contenta”.

Tras este período de “engorde”, José Ruano tuvo de nuevo que reunirse con la comisión militar y desvelar finalmente cuáles eran sus verdaderas intenciones:

“Pero volvieron los de la Comisión, y ya no tuve más remedio que exponerles mis verdaderos sentimientos patrióticos. No me quería quedar en la Rusia de Stalin, y menos aun ingresar en el comunismo, cuyas doctrinas me repugnaban por considerarlas una calamidad para el Mundo entero y la libertad de los pueblos... Y ya no hubo solución se marcharon los comisionados y con ellos, Nitchka, furiosa de verse fracasada en sus intentos de captación. Tengo la seguridad de que su falta de éxito conmigo, le debió caer en desgracia, porque ya no volví a verla más, ni en dos

años que permanecí en aquellos malditos campos de trabajo, logré saber nada de ella”.

A raíz de su desplante con la comisión, la situación volvió a empeorar para José:

“Ni que decir tiene que a la marcha de ‘La Ruana’ siguió inmediata la vuelta a mi desgracia. Volví a verme obligado a trabajar en canteras, bosques, carreteras y edificaciones, en régimen de extenuación, sufriendo a veces de los bárbaros guardianes, castigos tremendos. Dolor, fatiga, fiebres, y hambre, siguieron siendo mis inseparables compañeros de cautiverio. Siento mucha pena de no ser escritor, por que los dramas que presencié, y por los que pasé en Rusia, si pudiera expresarlos, sería algo extraordinario”.

Finalmente, parecía que algo iba a cambiar a los prisioneros pues...

“Se recibieron órdenes de que todos los prisioneros de guerra que quedasen en Rusia, fuesen concentrados en campos separados del resto de los penados, y se nos ofreció el ‘oro y el moro’ si consentíamos quedarnos en tierra soviética, pues el Kremlin, deseaba ofrecer al mundo como prueba fehaciente de la bondad de su Paraíso el que, sino todos, la mayoría de los prisioneros, prefiriesen seguir disfrutando de las delicias políticas y abundancia comunista, su Patria. En este sentido, se nos trabajó de firme por Comisiones nombradas al efecto, pero a excepción de muy contados engañados, todos elegimos la verdadera libertad, es decir, salir cuanto antes del Infierno rojo”.

Las presiones a los que no firmaban el documento por el que decidían quedarse voluntariamente en la URSS fueron aumentando para forzar esas decisiones:

“A cuantos elegimos la libertad, nos volvieron a someter de nuevo a las privaciones y al trabajo brutal, explotando nuestras fuerzas hasta el máximo. Cuando nos sacaban al trabajo, marchábamos entonando una canción que a los esbirros rusos los ponía frenéticos, y que yo voy a estampar en este relato, traducida literalmente: ‘¡Ay hermanos! ¿A dónde nos llevan?, ¡Ay! Nos llevan a construir un canal. El canal se construye aprisa y largo. Cuando de

repente el tren se paró, ¡Ay! Cuantos muertos y huesos de presos, había allí en el –bielomo- canal⁵⁹. ¡Ay, madre querida, ya no me esperes!, ¡Ay, madre querida y no volveré!, Por un pedazo de pan nos empujan. Y a la muerte pronto llegaré. ¡Ay, novia querida, ya no me esperes!, ¡Ay, mujer amada, que ya no volveré!, ¡Oh, si viese el día que tornase, a la casa donde yo nací!'. Bajo el eco de aquella canción, se oían los sollozos de los que habíamos perdido la esperanza de volver a la Patria querida. A todos los que las milicias sorprendían cantándola, los metían en las checas, flagelándoles sin piedad. A mí me tocó estar en la 'Presilka' Kuivises. Llegamos, y como yo llevaba encima algunos rublos -bien ganados con mi trabajo- con el fin de aplacar algo el hambre que me corroía las entrañas, le di cien rublos al jefe de la barraca, para que me trajese pan, tabaco, cerillas y papel de fumar. Pero enseguida, el muy perro, fue a decirles a los rusos que el español tenía dinero, y en cuanto llegó la noche, los blonoi, cayeron sobre mi creyéndome dormido para robarme cuanto tuviese, pero yo di un salto, propinando al que hacía de jefe un fuerte puntapié en el pecho, a la vez que di un directo salté las muelas a otro de los bandidos. Aproveché la sorpresa que les causó mi rápido ataque y pude escurrirme hasta un rincón de la barraca donde había un barreño con agua caliente, el que cogí, lanzándolo con fuerza, sobre el grupo que ya me acorralaba amenazador. Yo corría de un lado para otro, sin dejar de repartir golpes a diestro y siniestro. En una de aquellas evoluciones, conseguí romper el farol de aceite que alumbraba el barracón, y al quedar a oscuras, se armó tal griterío, que acudieron siete vigilantes armados con fusiles. ¿Creerán ustedes que castigaron a los ladrones? Pues nada de eso, me amarraron a mí, moliéndome a culatazos, y por promotor de escándalo y díscolo, fui conducido a la cárcel, donde magníficamente tratado, me tuvieron un mes”.

59 Seguramente el “bielomo canal” se refiere al Canal Mar Blanco-Báltico, en ruso *Belomorsko-Baltíyskiy Kanal*, un canal de navegación para barcos que unía dichos mares cerca de San Petersburgo. Es conocido por su abreviatura “Belomorkanal”. Fue inaugurado en 1933 por lo que es seguro que José Ruano no trabajó en su construcción aunque quizás sí en trabajos de mantenimiento. Su construcción costó la vida a casi once mil personas.

De Magadán⁶⁰ José Ruano pasó al campo de Saste, donde coincidió con un pequeño grupo de prisioneros españoles, entre ellos uno de los personajes más conocidos de la bibliografía divisionaria, el capitán Palacios. En dicho campo se recibían paquetes de ayuda de la Cruz Roja Alemana, lo que era una novedad para José Ruano, que pudo beneficiarse de aquellos envíos:

“De la cárcel, salí para ser conducido con otros prisioneros, a Saste. En este campo, nos encontramos catorce españoles, entre ellos, el Capitán Palacios, buenísima persona y enérgico militar, a quien todos respetaban. Por mediación del Capitán Palacio, recibíamos paquetes de Alemania con útiles de aseo y comestibles, y era tan honrado, que el contenido de ellos, lo repartía siempre entre nosotros a partes iguales, quedándose él casi siempre con una pequeña cantidad, en relación a la que a nosotros nos daba”.

Pero además de los paquetes que recibieron gracias a Palacios los presos cobraban una cantidad por su trabajo. “Mientras el Capitán permaneció en Saste, sí trabajamos, pero la remuneración por jornales llegaba a nosotros íntegra –200 rublos cada dos meses- y el trato que nos daban los guardianes, era más benévolo”. El traslado de Palacios a otro campo provocó la pérdida de estas ventajas: “Pero, para desgracia nuestra, Palacios se marchó, pues se lo llevaron a otro campo, y con su marcha, acabaron los paquetes, pues su contenido ya nunca volvió a llegar a nosotros”.

De Saste José Ruano pasó a Borovichí, un campo muy grande -con capacidad para 20.000 presos- inaugurado en febrero de 1941 y situado cerca del río Msta en el Oblast de Nóvgorod, cuyos prisioneros se dedicaban principalmente a construir una central hidroeléctrica. Nuevamente para facilitar su traslado se les dijo a los españoles que iban a ser repatriados.

“Otra vez se decía con insistencia que íbamos a ser repatriados los españoles, pero (en vez de llevarnos) a España (...lo que hicieron...), fue llevarnos a Vorovichí, a unas minas de carbón. Lo que en ellas pasamos, no es para contarlo, medio desnudos y mal alimentados, sufrimos largas y agotadoras jornadas bajo tierra, enfangados en aguas pestilentes y siempre espoleados por los salvajes capataces”.

⁶⁰ Magadán fue fundada en 1933. Hoy día sus principales monumentos son una catedral y un monumento a las víctimas de Stalin.

En el campo de Borovichí había sucedido uno de los episodios más heroicos de la presencia española en la URSS, cuando los españoles se declararon en huelga en abril de 1951 para protestar porque no les entregaban los paquetes que recibían por correo. La huelga se inició después del Día de la Victoria (1º de abril) y consistió en una huelga de hambre y de trabajo que acabó victoriosa para los españoles -quijotes y empecinados- pues se les permitió desde entonces recibir correspondencia de sus familias y ser tratados como el resto de prisioneros. Sin embargo, desde entonces empezaron a ser considerados un problema, demasiado revoltosos, por lo que era conveniente dispersarlos⁶¹. Stalin pensaba que la integridad y el carácter de los españoles podía influir en otros prisioneros, tanto rusos como extranjeros. Según José Ruano:

“Después, nos trasladaron a construir canales y viviendas de piedra, mas como se negaban ya a pagarnos los 200 rublos contratados por Palacios, a los tres meses nos declaramos en huelga. Como no pudieron reducirnos a la obediencia a los españoles, por fin nos pagaron, y volvimos al trabajo, sino contentos, satisfechos por haber triunfado de aquellos canallas explotadores. ¡Ay!. Pero llegada la noche, una cuadrilla de blonoiis, a quienes sin duda dieron aviso los propios contratistas de las obras, asaltaron nuestros barracones, haciendo razia de nuestros rublos y de cuanto teníamos”.

De Borovichí pasó José Ruano sin esperarlo a otro nuevo destino: “Borovitchí fue el último Campo de trabajo de Siberia en que estuve. El Destino debió cansarse ya de mis sufrimientos, pues de la noche a la mañana, me encontré con otros muchos camaradas de cautiverio, metido en los consabidos vagones de rejas, camino de Moscoú, según nos dijeron”. Nuevamente los rusos usaron el engaño de decirles a los presos que los iban a repatriar para trasladarlos fácilmente... “No nos llevaron a Moscoú, sino a Servakov (Shervakov), en la región de Asia”.

Los acontecimientos políticos en el interior de la URSS se precipitaron desde entonces. En octubre de 1952, en el XIX Congreso del PCUS se hizo evidente el enfrentamiento interno entre Stalin y Malenkov, pues Stalin defendió la no intervención en guerras (la URSS estaba entonces apoyando al norte en la guerra de Corea) al contrario que Malenkov que defendió el intervencionismo. Esta contrariedad hizo que Stalin reiniciase las purgas que tomaron fuerza especialmente cuando se descubrió un complot de médicos judíos para asesinar a

⁶¹ En 1952, por orden del gobierno soviético, los divisionarios fueron esparcidos por diferentes campos de concentración, no pudiendo estar más de 10 españoles juntos.

la cúpula militar y política⁶². Estos sucesos se conocieron pronto en los campos de manera que ya iniciado 1953 empezaron a circular algunas noticias sobre un gran proceso “contra los judíos”. Poco después, muy oportunamente para ellos, el 5 de marzo de 1953 murió Stalin⁶³. La noticia produjo una enorme alegría entre la población no rusa y los prisioneros. Se formó un nuevo Gobierno presidido por Malenkov y los judíos fueron perdonados. Muy pocos días después, en abril, llegaron dos buenas noticias, la detención y expulsión del Partido Comunista del Ministro de Asuntos Internos (similar a nuestro Ministro del Interior) y Ministro de Seguridad (y por ello jefe del MVD) Laurenty Beria y el indulto para todos los presos políticos de la era staliniana. Beria fue poco después ejecutado, en junio. Los españoles, ante estos anuncios y tras la muerte de Beria, se consideraron por ello como liberados e invitados en la URSS por lo que dejaron de trabajar.

En Shervakov había prisioneros españoles pero también alemanes, algunos rusos y de otras nacionalidades. También era destacable que había mujeres en el campo, separadas por una valla metálica que dividía el campo en dos.

José Ruano, en un receso de su relato, aprovechó para explicar la impresión general que le causó la Unión Soviética durante estos años:

“Pero antes de relatar lo que en Servakov pasó, deseo ofrecer a mis pacientes lectores una visión de conjunto, panorámica político-social de la Rusia auténtica, que es la que yo vi, conocí y sufrí. Doy fe de cómo vive el pueblo -la masa- y de las libertades de que gozan. ¡Elecciones libres, elecciones libres! Gritan en todo momento los jerifaltes soviéticos a los cuatro vientos del mundo. Pero en las elecciones que allí se celebran de uvas a peras, no se puede votar por quien se quiera, se tiene que hacer forzosamente por quién designa el Partido (Léase poder absoluto). El obrero de fábricas y campos, está controlado por los ‘lachanik’ (nachalnik, contratistas) que son algo así como si dijésemos ‘patronos del Estado’, ya que todos ellos se hallan encuadrados en ‘células’

62 Stalin recibió una carta de una doctora en la que acusó a nueve médicos judíos (incluido el que había sido médico de Stalin) de recetar medicamentos inadecuados a la elite del país para asesinarlos. Stalin los detuvo y luego desapareció en enero de 1953 su Secretario y fue ejecutado en febrero el Jefe de sus guardaespaldas. Esto desató el terror en el Politburó, temeroso de ser ellos las próximas víctimas de una nueva purga.

63 En una reunión privada de Stalin con Beria, Malenkov, Krushev y Nikolai Bulganin se llegó al insulto y se hizo patente el enfrentamiento de estos con Stalin. Al día siguiente Stalin fue encontrado en el suelo después de, aparentemente, haber sufrido una apoplejía. Si bien sobre todo esto se dio una versión oficial, la historiografía posterior revisionista se va decantando porque se trató de un asesinato por envenenamiento dirigido por Beria.

del partido comunista. Los ‘lachanik’, cuando se celebran elecciones, llevan unas hojas donde todos los obreros tienen que estampar su firma, y claro está, todos firman por el camarada que está mandando. Si alguno no quiere firmar, dice no votar por nadie, el ‘lachanik’ se calla, pero a la media hora van al lugar del trabajo-fábrica, campo u oficina parejas de policías que se lo llevan a la cárcel, condenándolo a 25 años de trabajos forzados. ¡Viva la democracia! Estas son las tan cacareadas elecciones libres en Rusia, votar por quién designa el Dictador rojo y ‘cartuchera al cañón’ como decimos los españoles”.

Tras la crítica a la falsa democracia soviética que presumía de ser “popular”, José (o mejor, Huertas) criticó las pésimas condiciones de vida de las clases trabajadoras y los privilegios de la minoría “del partido” en el sistema comunista, a la vez que denunció las continuas purgas:

“De cuatro partes del pueblo ruso, una vive estupendamente bien -los del partido- con los magníficos coches, comiendo hasta caviar a todo pasto, y derrochando el dinero que quieren, hasta que caen en desgracia del Kremlin son eliminados por accidentes de circulación. Los no pertenecientes al partido, es decir, las tres cuartas del pueblo, viven hambrientos, embrutecidos, y hasta que no se les rompen los pantalones que llevan puestos, no se los quitan, y esto contando, con que la fábrica donde trabajan les den otros, si han cumplido el plazo que tienen señalado. El robo está generalizado y los cárceles, llenas de hombres y mujeres. La población penal rusa, alcanza cifras elevadísimas. La criminalidad, da un porcentaje que asombra. Allí tiene menos valor una persona que un kilo de patatas, y raro será el ruso proletario que no haya sufrido prisión. Existe un gran bandolerismo, por todos los rincones de Rusia, pululan bandas de malhechores –‘partisanos’, ‘blo-nois’, etc- que se dedican, unas, a asaltar trenos de viajeros, otras a desvalijar almacenes y viviendas, y las más vulgares, a atracar a los viandantes. En cuanto oscurece, el que transita –hablo de ciudades pequeñas, caminos y campos- si lleva regular ropa y dinero en el bolsillo, lo dejan en cueros, o bien puede dar gracias, sino le rebañan el cuello. Estos casos lo hemos visto los españoles, una mañana tem-

prano, cuando salíamos a trabajar, al lado de la carretera vimos a un pobre hombre desnudo por completo, pues le habían robado todo, y con la cabeza separada del tronco, de un hachazo. A las mujeres que atrapan vistiendo bien, no les dejan nada más que las bragas. Hay mucha policía, pero hay muchos más bandidos, porque allí todos roban, los unos a los otros, y viceversa. El pueblo ruso está embrutecido y fanatizado, antes esclavo de Stalin y hoy de Malenkoff. La familia, propiamente dicha, o sea en su concepción cristiana, no existe. El Estado recoge las criaturas al nacer y se las lleva a las Casas de Niños, donde los cría, sin calor de hogar, educándolas en el credo comunista. La delación y la venganza están a la orden del día. Todo el que delata a otra persona por tibieza política, en la Comisaría donde hace la delación, se le entrega un traje y cien rublos, y así ocurre, que, en un pueblo sin amor, sin cariño y sin caridad, el marido vende a la mujer, la mujer al marido, el hijo al padre y el padre al hijo. La Religión, freno de toda pasión y de toda maldad, y fuente de perfección moral de los pueblos, los comunistas la tienen proscrita. Los sacerdotes ortodoxos de su antigua Iglesia son perseguidos y encarcelados, la palabra Dios se encuentra borrada de la enseñanza y los viejos rusos, tienen que ocultarse para orar ante sus Iconos. Esta es, señores, a grandes rasgos, la visión panorámica del Paraíso soviético”.

Los cambios políticos avivaron entre los prisioneros la idea de una más cercana liberación, lo que se vio confirmado porque aumentaron las presiones para que firmaran el documento de “conversión” y empezaron nuevamente a recibir un trato mucho mejor:

“Siete meses permanecimos los prisioneros españoles en Sarvakov. Las condiciones en que estaba instalado aquel campo, eran pésimas, pero allí nos residenciaron, como ya he dicho, siete meses descansando y sin trabajar, ni poco ni mucho, cosa esta que soliviantaba a los otros prisioneros rusos a quienes hacían arrimar el hombro de firme. Por esto, días hubo en que los rusos se amotinaron, produciendo algunos alborotos y escándalos, pero los vigilantes del campo los redujeron pronto, no sin que algunos penados, pagaran cara la sublevación. Es indu-

dable de que las ordenes de que nos tratasen así, venían de Moscoú, los ‘capitostes’ del Kremlin, querían que fuésemos cebados, con el fin de que nuestro aspecto físico fuese recobrándose antes de ser repatriados, y que no se delatase así los sufrimientos y abusos a que nos habían tenido sometidos”.

Por fin empezaron a salir los prisioneros extranjeros de la URSS, aunque los españoles fueron los últimos a causa del carácter marcadamente anticomunista del gobierno español: “De Sarvakov salieron por entonces, expediciones de prisioneros extranjeros por sus respectivas nacionalidades: americanos, italianos, alemanes, austriacos y finlandeses”. En dicho campo de Shervakov se produjo un último incidente en otoño de 1953, cuando los 69 españoles que se encontraban detenidos con los de otras nacionalidades, formaron un grupo que solidariamente se resistió a los abusos de los rusos con ayuda mutua e inquebrantable.

“El Campo quedó casi vacío, sólo quedamos los españoles, unos pocos grecos y algunos austriacos. Entonces, los jefes encargados de la vigilancia, dividieron el campo en dos sectores, y a los españoles pretendieron meternos en los peores barracones, que estaban ya medio derruidos. Ni que decir tiene, que armamos la gran marimorena, negándonos en redondo, a semejante disposición. La verdad es que ya estábamos hasta la coronilla de esperar y esperar nuestro retorno a España ¡habíamos sido tantas veces engañados!. Con este motivo, se organizó una revuelta, repartiéndose golpes a mansalva, alcanzando bastantes de ellos a los vigilantes y tras una lucha en la que los rusos llevaron la mayor parte de los mamporros, fue revocada la orden y los españoles quedamos instalados en los barracones que anteriormente ocupábamos. La furia española, quedó en el campo de Sarvakov, bien patente, y desde aquel día no fuimos molestados ya ni por los prisioneros, ni por los esbirros rusos. Y es que la batalla fue épica. Yo tengo la seguridad de que, de no haber estado ya dispuesto nuestro repatriamiento -obedeciendo sin duda a algún efecto político preparado por los dirigentes comunistas- allí hubiésemos sido asesinados todos, aun así, algunos no escapamos sin duros castigos”.

REGRESO A ESPAÑA

Finalmente llegó el día de la repatriación.

“Cuando ya menos lo esperábamos, un día se nos hizo entregar las mantas y las colchonetas, dando órdenes de marcha. A las seis de la mañana, comenzó el cacheo, pasamos todos por las manos de los junkers (sargentos), que no nos dejaron ni un papel de fumar. Después nos formaron y salimos marchando. Anduvimos dieciocho kilómetros, hasta la estación del ferrocarril más próxima y ya en ella, se nos empaquetó en vagones de carga. A los ocho días justos de horrible traqueteo, llegamos a Odesa. Esta vez me pareció que por fin nuestra vuelta a España iba de veras”.

En realidad la muerte de Stalin no fue el factor determinante para la liberación de los españoles. El gobierno español trató, desde muy pronto, de encontrar alguna solución al tema de los presos. Tras la guerra mundial, a través de otras naciones, entre 1946 y 1947 se desarrollaron una serie de negociaciones indirectas con la URSS que finalmente no prosperaron. En 1949, tras el reingreso de España en la Cruz Roja Internacional, el tema de los presos fue incluido en la agenda prioritaria de los representantes españoles⁶⁴. Debido a esta presión, en 1953 la asamblea de la ONU planteó la reclamación española para la liberación de sus prisioneros contando España con el apoyo de las naciones hispanoamericanas y de Brasil. Fundamental en el desarrollo de esta presión fue la campaña desarrollada por el padre Oltra y José María Storch de Gracia. El resultado fue que las conversaciones oficiales indirectas se reanudaron a través de la embajada española en Londres, que entonces ocupaba Miguel Primo de Rivera. Según Francisco Torres, los españoles pudieron haber sido liberados a finales de 1953, ya que los prisioneros fueron concentrados en Vorochilgrado, pero la fuerte ola de frío que sacudió la URSS, que paralizó las comunicaciones, retrasó la marcha⁶⁵. La liberación se haría a través de un acuerdo entre la “Alianza de la Cruz y de la Media Luna Roja Soviética” que pactó con la Cruz Roja Francesa la entrega del grupo de prisioneros españoles que estaban retenidos en la Unión Soviética desde hacía once años. El Gobierno soviético publicó un Decreto de amnistía especial promulgado en octubre por el Soviet Supre-

⁶⁴ El estudio más detallado sobre estas negociaciones es el de Francisco Torres García incluido en el estudio previo a la publicación de las memorias de Ángel Salamanca. TORRES GARCÍA, Francisco, “La Historia”, en Ángel SALAMANCA y Francisco TORRES, *Esclavos de Stalin. El combate final de la División Azul*, Madrid: Denuncia-FN, 2002, p. 11-120.

⁶⁵ TORRES, *op. cit.*, p. 64.

mo. Tal y como ya he descrito, a los españoles se les había dado la oportunidad de quedarse en la Unión Soviética firmando un “documento”, pero fueron muy pocos los que se quedaron, normalmente comunistas⁶⁶. Alguno provenía de la propia División Azul, donde se habían enrolado con la intención de pasarse a los rusos, como así hicieron⁶⁷.

Pero a la hora del regreso lo que fue evidente es que si hubo unos derrotados éstos fueron los comunistas. Algunos que habían sido atraídos al grupo de los “antifascistas” y renunciado a la nacionalidad española, entre lágrimas en los ojos tuvieron que quedarse allí en contra de sus verdaderos íntimos deseos, pues al firmar su renuncia a España habían pasado a ser ciudadanos de la URSS. Pero entre los que regresaron hubo también algunos que habían formado parte de los “antifascistas” y que entre lágrimas fueron perdonados por los prisioneros que, conmovidos por su situación, les animaron a regresar junto a ellos. En realidad, algunos de aquellos antifascistas habían acabado apoyando las huelgas y resistencias protagonizadas por los prisioneros españoles, desvinculándose de los verdaderos comunistas del grupo de los “antifascistas”.

El “Semíramis”⁶⁸, el barco que había de llevarlos a España, partió de Odessa (Ucrania) el martes 23 de marzo de 1954. El buque había viajado hasta Estambul y de allí a Odessa a recoger a los españoles.

“Al llegar al Puerto de Odessa, los españoles no hacíamos otra cosa que mirar con ansiedad los barcos anclados en la rada, anhelantes por descubrir en alguno de ellos la bandera de la Cruz Roja, pues se nos había dicho que en un barco flotado por esta benéfica institución francesa, seríamos reintegrados a España. Hasta que la vimos ondear uno de los mástiles del ‘Semíramis’ no quedamos tranquilos, ya que veníamos abrigando el temor de que los rusos, con engaños tal vez, lo que pretendían era embarcarnos, para arrojarnos luego en el alta mar a ser pasto de los tiburones. Conociéndoles como les conocíamos capaces de toda salvajada, no las tenía todas consigo. Cuando descendimos de los vagones, nos volvieron a cachear en el Puer-

⁶⁶ Según Roque Serna, comunista, fueron sólo una treintena.

⁶⁷ A menudo eran personas que ya tenían familiares en la Unión Soviética, huidos al terminar la guerra civil, otras veces comunistas que “huían” de España para conocer el paraíso comunista. El primer evadido fue el santanderino Antonio Pelayo, en noviembre de 1941. Su caso relatado en el libro del comunista español Roque Serna, Roque SERNA MARTÍNEZ, *Heroísmo español en Rusia (1941-45)*, Madrid: Edición del autor, 1981, p. 76-91.

⁶⁸ El barco tenía bandera griega y con esta bandera entró en el puerto de Barcelona, pero según alguna fuente era liberiano. Era un barco pequeño pintado de color gris. Tenía capacidad para alojar a 300 personas y desplazaba 2.000 toneladas.

to, formados en el Muelles frente al ‘Semíramis’, y allí, la Comisión rusa nos hizo entrega a una señora y a un señor, bastante amables, de nacionalidad francesa. Por lista, fuimos embarcando todos los españoles en el ‘Semíramis’, y mientras, los soldados rusos permanecieron a bordo del barco, hasta que fuimos metidos en las bodegas”.

Al subir los españoles al barco, la desconfianza generada por la experiencia de los años anteriores hizo a los españoles mantenerse en sus camarotes. Sólo cuando ya llevaban un buen trecho recorrido y parecía imposible una vuelta atrás empezaron los viajeros a salir tímidamente de sus camarotes. Entonces arrojaron al mar las gorras que llevaban en una muestra colectiva de alegría cuando ya parecía que habían dejado atrás definitivamente once años de cautiverio. Entonces vinieron los abrazos y lloros por tantos años de sentimientos contenidos y de desesperación. José Ruano relató así esos sentimientos desbordados:

“Pasaron dos horas, calmosas y de desesperación, que a mí me parecieron más largas que un siglo, y al cabo sonó la sirena del barco, comenzando a moverse con el balanceo característico a la salida de la barra del Puerto. Unas fuertes voces se dejaron oír desde cubierta: ‘¡Camaradas ya podéis subir, se marchó la chusma!’. Temerosos aún, comenzamos a asomar nuestras cabezas por las escotillas hasta que bien convencidos de que soldadesca rusa había desaparecido y que Odesa iba quedando atrás, no nos aventuramos a salir a cubierta. Ya en ella, un grito unánime, salió de nuestras gargantas ¡¡Arriba España!! Y desde las barandillas del ‘Semíramis’, arrojamos al mar, con desprecio olímpico, las gorras rusas de paño, distintivo oprobioso del cautiverio que habíamos pasado en el ‘Infierno rojo’”.

Por la noche, los españoles pudieron escuchar desde Radio Barcelona emisiones especiales de programas en los que las madres de algunos de los prisioneros les mandaban mensajes de ánimo a sus hijos. Los sentimientos de esas personas que habían sido primero dadas por desaparecidas, luego por muertas y finalmente por resucitadas, estaban a flor de piel. Todo el viaje se hizo con cierta intranquilidad por si volvía a suspenderse su liberación, como había ocurrido antes. “El cruce del Mar Negro, lo hicimos aun algo intranquilos -la sombra comunista la creíamos todavía encima- hasta que a los dos días de navegación divisamos la Costa de Estambul. ¡Libertad! Amada libertad, que hermosa eres!”. En el barco viajaban entre los otros prisioneros las personas con las que

José Ruano entabló mayores lazos de amistad: Julio Olaya Pomares, natural de Elda, el murciano Andrés Asensi Álvarez Arenas⁶⁹, el badajocense José González Ortiz, Luis López Carretero de Albacete y los capitanes Gerardo Oroquieta Arbiol, zaragozano, y Miguel Altura Martínez, hijo de una familia de militares de Larache.

La noche del viernes 27 de marzo regresó el buque a Estambul con doscientos ochenta y seis españoles acompañados por funcionarios de la Cruz Roja Francesa. En Estambul ya les esperaba un primer grupo adelantado de autoridades españolas⁷⁰. Allí fueron sometidos a una primera exploración médica que mostró algunos síntomas de desnutrición sólo compensados por el elevado estado de ánimo. El Gobierno ruso publicó además una nota oficial de la entrega de estos prisioneros. Cuando los españoles ya habían abandonado Estambul hubo un intercambio de telegramas de Franco y Muñoz Grandes con el barco, de bienvenida en un caso y de salud y afección en el otro.

Además de los prisioneros del GULAG también había cuatro “niños de la guerra” enviados a la Unión Soviética por sus familias y algunos trabajadores españoles capturados por los rusos en Alemania en 1945. “Ya en Estambul, la seguridad se adueño de nuestros espíritus. Una Comisión española nos esperaba. Creo no pasar ya, por muchos años que viva, por emoción más intensa, cuando pude abrazar a los compatriotas que en aquel puerto nos esperaban y que nos recibieron con muestras jubilosas de verdaderos hermanos”. El 27 de marzo de 1954 les escribió una carta a sus padres desde Turquía que por diversas circunstancias no se ha conservado. “Desde Estambul a Barcelona, ellos filialmente nos atendieron y agasajaron, dándonos cuantas noticias les pedíamos de nuestra Patria. ¡Que buenos fueron con nosotros!”. Desde su llegada a Estambul, los españoles fueron recibiendo noticias de lo sucedido en España durante sus años de ausencia. Es lógico suponer la emoción y la sorpresa que algunas noticias recibidas causaron a los recién liberados que se habían perdido años cruciales de la historia de nuestro país. En Barcelona les esperaban sus familiares y amigos, llegados de distintos puntos de la geografía española que les enviaban mensajes a través de la radio, alternados con marchas militares.

El barco llegó a la ciudad condal a las cinco y media de la tarde del 2 de abril. Durante todo el día habían ido llegando las comisiones de Falange, de los ayuntamientos y numerosos particulares que se habían congregado para dar la bienvenida a sus compatriotas retenidos ilegalmente por los comunistas cuan-

⁶⁹ Defensor superviviente al asedio del Alcázar de Toledo, había marchado como piloto en la Escuadrilla Azul siendo derribado en diciembre de 1941.

⁷⁰ Iban encabezados por el Director del Ministerio de Asuntos Exteriores en Europa, señor Daniel Quiroga, el Embajador español en Turquía y el Presidente de la Cruz Roja Española, Duque de Hernani. Los datos sobre las circunstancias de la repatriación en J. L. GÓMEZ y F. MONTEJANO, *Los bravos del “Semíramis”*, Pamplona: Ed. Gómez, 1955.

do la guerra ya había quedado atrás para el resto del mundo. En Almansa fue el jefe de la Policía Municipal, Antonio Peinado, quien tras recibir la noticia de que José Ruano regresaba a España dio el aviso a sus familiares. Nunca antes habían recibido ninguna noticia de que su hijo José estuviese vivo y sólo cuando lo vieron descender del barco se convencieron de que regresaba realmente.

Todo el puerto estaba abarrotado de gente e incluso en Montjuich se situaron personas con pancartas y pañuelos para dar la bienvenida a los “prisioneros de los rusos”. Según alguna fuente –seguramente exagerada- se congregaron más de un millón de personas, pero la probable exageración reflejaba en todo caso un gentío enorme. La llegada al puerto del “Semíramis” fue escoltada por muchos otros barcos de recreo, de pesca y de otros tipos que dieron a los llegados una idea de lo que les esperaba.

“A nuestra llegada a Barcelona, toda la Ciudad nos recibió con las mayores muestras de regocijo y de ternura. La Industrial Capital Condal, representando y encarnando todo el sentir español, se desvivió en atenciones para con nosotros, en aquella jornada memorable. Una muchedumbre inmensa en los muelles, continuados vivas y aplausos, campanas al vuelo, músicas, autoridades y familiares estrechándonos convulsos entre brazos. Las lágrimas brotaban de mis ojos a raudales y una dulce sensación de dicha, invadió todo mi ser, laténdome el corazón con el acelerado que le daban la felicidad y la alegría... y en medio de todo, yo veía la enhiesta estatua de Cristóbal Colón, señalando con su diestra y recordando al Mundo, que mi MADRE, era también la de veinte naciones de la tierra. ¡Esta es la raza española!”.

El barco llegó escorado al puerto porque los repatriados se agolparon en la parte de babor, más cercana al muelle y era un barco muy pequeño. Atracó en la “estación marítima”, donde actualmente se encuentra el Worldwide Center. Al llegar al puerto, los miles de personas congregadas rompieron las barreras policiales y corrieron al límite del muelle gritando consejos y consignas que los del barco no pudieron oír. Algunos incluso treparon al barco, siendo también atendidas algunas personas por los servicios médicos preparados al efecto por las autoridades. La emoción se desbordó. Numerosas lágrimas y un griterío ensordecedor convirtieron el acto en una muestra de alegría y patetismo desgarrador⁷¹. Había allí hijos que no habían conocido a sus padres, mujeres que

⁷¹ La excitación fue tan grande que incluso murió de un ataque al corazón el fotógrafo barcelonés Carlos Pérez de Rojas que estaba allí cubriendo la noticia.

se habían creído viudas durante años, novias que creían habían perdido a sus novios, padres como los de José Ruano que habían creído perdido a sus dos hijos luchando en Rusia y que ahora iban a recuperar al menos a uno de ellos. Se daba además la circunstancia de que sólo hacía dos días habían recibido la noticia de la existencia de su hijo y su llegada a España. La policía se vio desbordada. Una vez colocada la rampa en el barco, descendió el Duque de Hernani que fue recibido primero por las autoridades⁷². Después empezaron a abandonar el barco los pasajeros desatándose la emoción desbordada de sus familiares que les esperaban ansiosos en el puerto y les iban viendo bajar uno tras otro. Las risas se mezclaban con las lágrimas. Según iban siendo recibidos eran recogidos por los familiares y comisiones de bienvenida. Los últimos en bajar fueron los repatriados que presentaban peor estado de salud, entre un respetuoso silencio.

Tras unos actos de bienvenida y un nuevo examen médico⁷³, el que lo quiso se dirigió a los vehículos que había de trasladarlos a sus localidades de origen. En el caso de José Ruano:

“Antes de que el ‘Semíramis’ llegase al Puerto de Barcelona, ya el Sr. Alcalde de Almansa, bella Ciudad en la que nací, Ilmo. Sr. Don Luis de Teresa Rovira, se había puesto al habla, telefónicamente, con Don Pedro Cusá García, residente en Barcelona e íntimo amigo del honorable Capitán de la Guardia Civil retirado y hoy Jefe de la Policía Municipal, Don Antonio Peinado-López, para que a mi llegada, me atendiese en nombre de Almansa y de su primera Autoridad. El Sr. Cusá, cumplió con extraordinaria esplendidez el encargo recibido, acogiéndome en su propio domicilio y colmándome de atenciones, no solo a mí, sino igualmente a mis padres que habían salido a esperarme, y a un Camarada de Albacete, también repatriado de la División Azul⁷⁴. Quede aquí testimonio de eterna gratitud, al buen amigo Don Pedro Cusá García y a cuantos

72 Eran el Ministro del Ejército y antiguo jefe de la División Azul, teniente general Muñoz Grandes y el ministro secretario general del Movimiento Fernández Cuesta entre otros.

73 Los repatriados fueron conducidos a la Basílica de la Virgen de la Merced en autobuses preparados por la organización y, al cruzar Barcelona, cientos de personas les dieron también su bienvenida. En la Basílica les esperaba el Arzobispo-Obispo Doctor Modrego y se cantó una Salve. Después fueron conducidos al Hospital Militar del Generalísimo, donde se ofreció alojamiento a quien lo demandase y se les proveyó de toda la documentación que necesitaran, recibiendo también algunos regalos de entidades públicas y particulares. En el paquete que se le dio a cada uno había una revista Garbo de marzo, carteras, algún dinero, un pasaporte, etc.

74 Se refería al albaceteño Luis López Carretero.

intervinieron en que pudiese localizarme, para que fuese perfectamente atendido a mi llegada a la Ciudad Condal”.

Tras trasladarse José Ruano y el repatriado albaceteño Luis López Carretero a Valencia en tren, acompañados de la comisión, subieron en unos coches enviados desde Almansa que los llevaría a cada uno a sus respectivos destinos: “Llegué a Valencia acompañado de mis padres, y en la misma Estación esperaban ya, coches mandados por el Sr. Alcalde de Almansa, para recogerme”.

José Ruano y Luis López Carretero estaban abrumados por las muchas muestras de cariño que fueron recibiendo en cada uno de los pueblos por donde pasaron. Les esperaban bandas de música y comisiones municipales que les fueron dando la bienvenida sucesivamente. Así, tras varias paradas los dos repatriados y sus acompañantes llegaron por fin a Almansa, donde toda la población se agolpaba en las calles para recibirles:

“¡Querido pueblo mío! ¿Cómo podré pagarte el recibimiento que me hiciste?. Miles y miles de hermanos almanseños, invadían las calles, por las que apenas se podía transitar. Nuestra llegada al Ayuntamiento, fue en verdad, apoteósica, entre incesantes músicas y vivas del pueblo. En el referido Ayuntamiento, fui recibido con los brazos abiertos por el Sr. Alcalde, tributándoseme por todos los componentes del mismo y autoridades locales, una recepción conmovedora”.

En el Ayuntamiento los dos repatriados se hicieron algunas fotografías junto a los divisionarios almanseños y otras personalidades municipales.

“Después fui llevado en volandas, a hombros de los queridos Camaradas Divisionarios de Almansa, por entre la multitud que pugnaba por abrazarme, a la Iglesia Parroquial de Santa María de la Asunción, en la que, postrado ante el altar de la Virgen de Belén, oré fervoroso, dando gracias a Ella y a Dios, por sus bondades para conmigo y haber dispuesto, en su infinita misericordia, que al fin volviese a cobijarme bajo el Manto protector de mi Virgencita, y a la sombra amada del histórico Castillo de mi Noble, Fiel e Histórica Ciudad”.

Los repatriados guardaron un pacto tácito de silencio para proteger a los que habían sido “antifascistas” dejando atrás los años de sufrimiento. Sólo regre-

saron españoles, no ya divisionarios, marinos, pilotos, “niños de la guerra” ni “antifascistas”.

José Ruano después de su afectuoso recibimiento fue empleado como Alguacil del Ayuntamiento de Almansa, labor que realizó hasta la formación del primer ayuntamiento democrático. Había habido instrucciones para que los regresados en el “Semíramis” pudiesen trabajar sin dificultades y poder acabar sus días en España desahogadamente.

“Hoy, vivo feliz y estimado por todos, en mi Almansa querida, tantas veces anhelada desde las heladas brumas moscovitas. Su Excmo. Ayuntamiento, me proporcionó un empleo municipal, y agradecido sigo sirviendo en él, a mi pueblo y mi Patria, atento siempre y dispuesto a volver a empuñar las armas en su defensa, y a las órdenes siempre de su invicto Caudillo Franco. Y aquí termina la historia de un prisionero de la Gloriosa División Azul, en las garras comunistas del ‘Infierno rojo’”.

Y tal y como había empezado acabó el relato de Huertas, con una arenga política: “¡¡VIVA FRANCO!! ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!”.

José se casó en Rosario Ibáñez en 1957, con quien tuvo tres hijos. Fue estimado por su vecindario, que pronto le apodó como “el ruso”, y por el Alcalde de Almansa, quien le permitía incluso a ratos portar el bastón de mando municipal en algunas procesiones solemnes, privilegio que correspondía al propio Alcalde. Una de las cosas que más rabia le daba recordar a José Ruano era que cuando los socialistas ganaron las elecciones en 1978 el nuevo Alcalde, Virgilio Sánchez Barberán, fue a reclamarle el bastón de mando.

José Ruano, y más aún Huertas, no quiso pese a todo terminar las memorias sin dejar bien claro qué pensaba del régimen soviético y sus sospechas sobre la muerte de Stalin, curiosamente defendiendo la teoría que cada vez cobra más fuerza en la historiografía postcomunista:

“No pondré punto final a esta historia de mi cautiverio en Rusia, sin decir algo que considero interesante sobre la política interna del Kremlin, de cuyos procedimientos de intriga y ‘zancadillas’ entre los ‘capitostes’ más relevantes del comunismo, yo no pude tener conocimiento hasta los últimos meses de mi estancia en el Paraíso moscovita, es decir, hasta que estuve ya fuera de los Campos de trabajos y pude como obrero, moverme con relativa libertad. No entraré en el laberinto de las ‘purgas’, pues como es lógico, no

pude entrar en tan hondas profundidades, pero, en síntesis, consignaré lo que a ‘soto voce’ pude escuchar de los labios de la gente del pueblo, siempre temerosa de delaciones y represalias. En realidad, las ‘eliminaciones’ de los camaradas caídos en desgracia del Dictador rojo, desde Octubre de 1952, eran cosa corriente, hasta la muerte de Stalin. Desde la celebración del Congreso comunista de la indicada fecha, un grupo de doctores judíos, venía tramando por el orden de Stalin, la ‘liquidación’ de las principales jerarquías militares. La ‘purga’ se avecinaba, asegurándose que dejaría en mantillas a la del año 1946. El zapatero Stalin, que ayudó a bien morir a Lenin, sabía hacer estas cosas con la máxima limpieza. Falleció Stalin sin duda alguna, ayudado por sus colaboradores a salir de este mundo –‘quién a hierro mata, a hierro muere’– y sino hubiese muerto a primeros de Marzo de 1953 (sic, 1954), ninguno de los hombres que forman hoy con Malenkoff el equipo directivo de Rusia, estarían vivos, por haber sido todos ‘liquidados’”.

Para acabar, una última anécdota. La Guardia de Franco -organización a la que José Ruano perteneció- organizó unas vacaciones en Marbella para sus afiliados que también incluían una visita a Madrid. Estando en la terraza de una cafetería en dicha ciudad vestidos con el característico uniforme negro y luciendo nuestro protagonista un escudo de la División Azul que llevaba cosido en el brazo y que le delataba como divisionario, se les acercó un señor que casualmente pasaba por allí. Al percatarse dicho señor del escudo de la División entabló conversación con José Ruano y los otros que le acompañaban. Al poco salió en la misma la historia de José y de su cautiverio por lo que dicho señor, conmovido, amablemente se ofreció a regalarle un emblema que llevaba él mismo en la solapa de su chaqueta y entre bromas le prometió a José Ruano que incluso le regalaría un caballo, ya que por ahí había derivado la amistosa conversación. A continuación le dijo que habría que agradecerle a Franco el regreso de los divisionarios presos en la Unión Soviética, a lo que José Ruano le respondió que “si Franco hubiese pagado cuando le dijeron los rusos, a ellos los hubiesen soltado antes”. El hombre contrariado con esa espontánea y ligera respuesta, enfurecido le respondió con un: “¿Es que usted no sabe quien soy yo?”; a lo que José respondió con un indiferente: “Ni falta que hace”. El hombre se marchó maldiciendo ante lo que creía había sido una ofensa a Franco⁷⁵.

⁷⁵ José mostraba un gran respeto por Franco aunque eso no contradice que le criticara por lo que él entendía, no haber hecho lo suficiente para liberarlos.

El emblema era un escudo de oro del Ayuntamiento de Madrid y el señor era José Finat y Escrivá de Romaní, Conde de Mayalde, ex embajador de España en Alemania entre 1940 y 1942 y Alcalde de Madrid. José Ruano por supuesto se quedó sin su caballo.

José Ruano nunca llegó a saber que el precio que las autoridades soviéticas pusieron a la liberación de los presos entre 1946 y 1947 era inasumible por España ya que implicaba la no alineación del país e “incluso se planteaba la apertura de relaciones diplomáticas y la posibilidad de una alianza militar”⁷⁶. Con todo, todos los autores que han abordado el tema suelen admitir que España tuvo que pagar indemnizaciones a la URSS disfrazadas de negociaciones comerciales pese a que esas indemnizaciones no fueron correspondidas por los rusos liberando a los presos, pero eso ya es otra parte de la Historia.

ANEXO FOTOGRÁFICO



José Ruano, Comisario de compañía en el frente de Madrid. En la gorra una estrella roja de cinco puntas. Con menos de dieciocho años ese símbolo quizás representaba para él la esperanza de la igualdad y la justicia social. Luego vendría el mayor desengaño imaginable (Archivo de la familia Ruano).

⁷⁶ Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Franco y la URSS. La diplomacia secreta (1946-1970)*, Madrid: Rialp, 1987, p. 59-60.



*Antonio Ruano, muerto en Rusia
luchando en la División Azul
(Archivo de la familia Ruano).*



En la cubierta del Semíramis algunos de los repatriados posan para las cámaras. Varios de ellos todavía llevaban puestas las kufaikas o típicas chaquetas acolchadas rusas (Archivo de la familia Ruano).



Los padres de José Ruano, en el momento de recibir a su hijo en el puerto de Barcelona, conmovidos por la emoción (Archivo de la familia Ruano).



José Ruano es recibido por el alcalde de Almansa. El guardia de la derecha es Antonio Peinado, jefe de la guardia municipal y quien realizó las gestiones para alojar a José Ruano en Barcelona y llevarlo a Almansa (Archivo de la familia Ruano).



José Ruano rodeado del pueblo de Almansa (Archivo de la familia Ruano).



José Ruano rodeado del pueblo de Almansa (Archivo de la familia Ruano).



José Ruano es conducido en volandas a la iglesia por los excombatientes almanseños de la División Azul.

El albaceteño Luis López Carretero (con jersey), camino de Albacete, es recibido en Almansa por las autoridades y pueblo (Archivo de la familia Ruano).

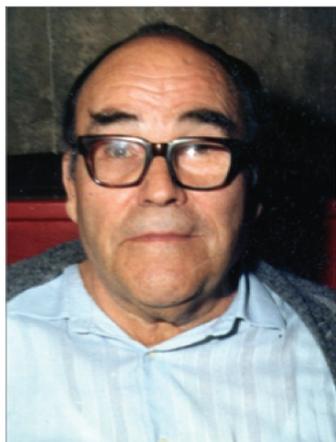


José Ruano, de pie el segundo por la izquierda, y a su izquierda el repatriado albaceteño Luis López Carretero, en el Ayuntamiento de Almansa junto a los excombatientes de la División Azul y autoridades locales (Archivo de la familia Ruano).

José Ruano con camisa de Falange junto a miembros del Frente de Juventudes de Almansa, una semana después de su regreso a España, el 12 de abril de 1954 (Archivo de la familia Ruano).



José Ruano en mayo de 1964, al frente de la procesión municipal en honor a la Patrona de la ciudad, la Virgen de Belén (Archivo de la familia Ruano).



*José Ruano a los 84 años, poco antes de morir
(Archivo de la familia Ruano).*